This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

D Alvaro de Zuma

Antonio Gil y Zarate

THE GIFT OF

Philip E. Bursley

D. ALVARO DE LUNA,

DRAMA

EN CINCO ACTOS,

POR

Don Antonio Gil de Zárate.

MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1840.

868
G464d

PERSONAS.

EL REY DON JUAN II.
DON ÁLVARO DE LUNA, *condestable de Castilla.*
DON JUAN PACHECO, *marques de Villena.*
DON ÁLVARO DE STÚÑIGA, *hijo del conde de Plasencia.*
ALONSO PEREZ DE VIVERO, *contador mayor.*
ELVIRA, *hija del condestable.*
EL MARQUES DE SANTILLANA.
EL CONDE DE PLASENCIA.
EL CONDE DE CASTRO.
JUAN DE MENA.
FERNANDO MORALES, *page del condestable.*
RIVADENEIRA, *doncel del condestable.*
UN ESCUDERO VIEJO.
EL VERDUGO.
CABALLEROS, ESCUDEROS, PAGES, CRIADOS, SOLDADOS, BALLESTEROS, ALCALDES, ALGUACILES, DOS FRAILES.

La accion pasa los dos primeros actos en Escalona, el tercero y cuarto en Burgos; el quinto en Valladolid. Año de 1453.

Este drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un jardin.

ESCENA PRIMERA.

PACHECO. VIVERO.

PACHECO. ¿Quedamos solos, Vivero?
VIVERO. Solos quedamos, señor.
PACHECO. Pues venid; que con sigilo
tenemos que hablar los dos.
VIVERO. Mirad, don Juan lo que haceis:
ni el sitio, ni la ocasion....
PACHECO. Las auras de este jardin
se llevarán nuestra voz:
demas, que hoy entretenidos
con tan soberbia funcion,
todos á ver sus aprestos
acuden.... Si tambien vos....
VIVERO. Quien de don Juan el segundo
en la corte se crió,
tiene á justas y saraos
saciada ya la aficion.
¡Famoso reinado ha sido!
Turbulento, vive Dios;
pero tampoco en las justas
ninguno como él brilló.
PACHECO. Por eso es hoy de un rico-hombre
estraña la condicion.
Noble, galan, cortesano,
á par que batallador,
así pulsa harpa sonora,
como vibra su lanzon,
y así le agrada el estrado,
como el combate feroz.

Quizá en medio de una fiesta,
bajo risueño esterior,
de algun oculto volcan
amenaza la esplosion;
y donde solo se ven
juegos de cañas y amor,
suele proyectos mas serios
abrigar el corazon.

VIVERO. Entiendo.... Tal vez ahora
se trama aqui....

PACHECO. Perez, no.

VIVERO. Este misterio....

PACHECO. No indica
de alguna trama el temor:
mas tener con vos me importa
secreta conversacion.

VIVERO. Hablad, pues.

PACHECO. ¿Me conoceis,
Vivero?

VIVERO. Estraña cuestion.
No ignoro, don Juan Pacheco,
vuestra nobleza y valor:
sé que ha poco el marquesado
de Villena el rey os dió;
y ademas que os honra el príncipe
con su envidiable favor.

PACHECO. Pues si eso sabeis, Vivero,
bien puede vuestra razon
lo que habré de ser un dia
inferir de lo que soy;
y si un ejemplo quereis
de mi futuro esplendor,
en don Alvaro de Luna
podeis mirarlo; que si hoy
él es en Castilla tanto,
no habré de ser menos yo.
Guiados por una estrella
dos soles somos los dos;
mas él es sol que se pone,
y yo soy naciente sol.

VIVERO. Si habeis juzgado oportuno

recordarme lo que sois,
os debo tambien hacer
igual recuerdo en rigor.
Alonso Perez me llamo:
no es antiguo mi blason,
no me precio de linaje;
mas al que humilde nació,
lo que en cuarteles le falta
tal vez le sobra en valor.
Mis servicios son mis timbres;
y no han sido escasos, no,
si de ellos es permitido
juzgar por el galardon.
De Jerquera y de Vivero
y de Alcalá soy señor:
en el consejo del rey
alzo el segundo la voz,
y ministro de su alteza
soy su contador mayor.
El que de humildes principios
á esta altura se elevó....

PACHECO. Suele caer mas aprisa
si le falta el valedor.
A la sombra del de Luna
Castilla medrar os vió;
mas si esa luna se eclipsa,
decid, ¿qué será de vos?

VIVERO. No soy tan nuevo en las cortes
que viva sin prevision
á merced de las mudanzas
que en ellas labra el favor.
Afecto al de Luna fuí,
mi lealtad le sirvió;
mas no he de ser cual la yedra,
asida con tal teson
al arbol que la proteje,
que el hacha del leñador
para derribar el tronco
los corta á un tiempo á los dos.
Nuevo apoyo, si ese falta,
sabré buscar en sazon;

que cuando otros se despeñan,
despeñarme fuera error.

PACHECO. Prudente sois, buen Vivero.

VIVERO. Quien los palacios pisó,
¿no debe serlo?

PACHECO. Pues bien,
hablémonos sin ficcion.
Vos no os podeis sostener
sin un brazo protector,
y si vos no me servís,
vanos mis designios son.
Esto supuesto, Vivero,
ved lo que os está mejor:
ó caer con el de Luna,
ó alcanzar mi proteccion.

VIVERO. ¡Con el de Luna caer!
¡Eso me lo decis hoy!

PACHECO. El astro del condestable
ha dias que se eclipsó.
Esta pompa que aqui veis,
este soberbio esplendor
que al de los reyes iguala,
la asombrosa reunion
de damas y cortesanos
que acuden hoy á su voz
adorando al que en Castilla
resplandece como el sol;
esas magníficas justas
do de las trompas al son
salen á probar sus lanzas
guerreros de alto valor;
el rey mismo que bajando
del noble solio español,
viene á honrar con su presencia
de un vasallo la mansion;
todo no es mas que la sombra
de un poder que ya pasó,
y de una luz que se apaga
el último resplandor.

VIVERO. ¡Cómo!.... Esplicaos.

PACHECO. Del rey

yo leo en el corazon.
Privanza de tantos años
le cansa; el yugo opresor
siente al fin, y solo anhela
de romperlo la ocasion.
Do quier halla al condestable
que le cela en rededor,
y en sus miradas altivas
le tiene como en prision.
Desvanecido el encanto
que un tiempo le subyugó,
ya no mira á su valido
jóven, galan, seductor,
sino cual áspero anciano
de orgullosa condicion.
No es el verle su alimento,
no enferma si se ausentó:
si antes buscábale ansioso,
hora huye de él con temor;
y no penseis que á su pecho
vuelva la antigua aficion;
que de amar dejan los reyes,
pero eterno es su rencor.

VIVERO. Y sin duda, aprovechando
tan bella disposicion,
¿quereis hacer de un rival
la caida mas veloz?

PACHECO. Recoger su herencia intento,
mas no ser su destructor;
que cuando baje al sepulcro,
sin esfuerzos el timon
podré empuñar del estado,
y ser del reino señor.
Hora ambiciones sin cuento
contrastáran mi ambicion;
y de tanto noble altivo
á tal distancia no estoy,
que no presuman los necios
ver en mí lo que ellos son.
Riquezas tiene el maestre
y empleos de tal valor,

que me estará bien por cierto
su opulenta sucesion;
y si logro al de Villena
unir de Luna el blason,
¿quién se atreverá en Castilla
á ser mi competidor?
Vos, Perez, podeis servirme.

VIVERO. Mandadme, que vuestro soy.

PACHECO. Pues bien, es fuerza que astuto
penetreis....

VIVERO. Callad, por Dios;
que viene Elvira.

PACHECO. ¿La hija
del maestre?

VIVERO. Vamos.

PACHECO. No;
que huélgome de tener
de hablarle aquí la ocasion.

ESCENA II.

DICHOS. ELVIRA.

(Sale Elvira pensativa llevando en la mano una banda.)

ELVIRA. Banda de rojo color
de oro precioso bordada,
á premiar hoy destinada
la destreza y el valor,
¿cuál será el pecho que ufano
te conquiste en el torneo,
y con tan noble trofeo
trémula adorne mi mano?
¡Ah! si te logra adquirir
aquel que por mí suspira,
aquel por quien solo Elvira
el suyo siente latir!
Sí, tú vencerás, mi bien,
tuyo este premio será;
pues si tu amante lo da,

¿quién te lo disputa, quién?
Infunde, virgen María,
aliento á su corazon,
cuando en ardiente bridon
combata á la vista mia:
que á cada encuentro un laurel
mire en su frente brotar,
y en tus aras consagrar
prometo rico joyel.
Venga á recibir de mí
la banda entonces mas bella;
y si el alma no va en ella,
es porque ya se la dí.
(*Se sienta en un banco.*)

VIVERO. Pensativa está, señor.
PACHECO. No nos ha visto, Vivero.
VIVERO. Y por las señas infiero
que es pensamiento de amor.
PACHECO. Pedidle, Vivero, á Dios
que de esa suerte no sea.
VIVERO. ¡Dichoso quien la posea!
PACHECO. O desdichados los dos.
VIVERO. ¿Teneisla amor por ventura?
PACHECO. Por quien es, más que por bella.
Dejadme solo con ella. (*Vase Vivero.*)

ESCENA III.

PACHECO. ELVIRA.

PACHECO. Guarde Dios vuestra hermosura.
ELVIRA. ¿Aquí vos, el de Villena?
PACHECO. Perdonad mi atrevimiento
si turbo ese pensamiento,
señora, que os enagena.
ELVIRA. Distraida en el jardin,
contemplaba estos primores:
¡son tan galanas sus flores!
PACHECO. Bello es el blanco jazmin
que los aires embalsama,
bello el pintado clavel,

ESCENA IV.

DICHOS. DESTÚÑIGA.

DESTÚÑIGA. Perdonad
si interrumpo.... Continuad,
que estais bien así los dos.
ELVIRA. Poned sello á vuestra lengua:
ved que mi honor es sagrado,
é imprudencias de un osado
no pueden causarle mengua;
que si el marques loco ó necio
me ofende con su pasion,
su atrevida pretension
castigo con el desprecio. (*Vase.*)

ESCENA V.

DESTÚÑIGA. PACHECO.

PACHECO. ¡Pesia mi suerte enemiga!
¿A qué venis vos aquí?
DESTÚÑIGA. ¿Me lo preguntais á mí?
PACHECO. ¿A quién quereis que lo diga?
DESTÚÑIGA. A tal pregunta, marques,
solo responde mi espada.
PACHECO. ¿Qué hace, pues, ahí colgada?
DESTÚÑIGA. Os encontrais sin arnés,
y con armas desiguales
no acostumbro yo á lidiar.
PACHECO. Que tome os ha de pesar
las mias, pues son fatales.
DESTÚÑIGA. Si en armas sois tan dichoso
como lo soiá en amores,
poco temo esos furores.
PACHECO. ¡Miserable!
DESTÚÑIGA. ¡Jactancioso!
PACHECO. Guerreros supe vencer
que oscurecen vuestra fama;
y á mis pies he visto dama

de mas pró que esa muger.

DESTÚÑIGA. Vive Dios, que en mi presencia
de Elvira habeis de hablar bien.

PACHECO. No sufro yo su desden.

DESTÚÑIGA. Ni yo tamaña insolencia.

PACHECO. Y á vos, ¿quién os autoriza
para defenderla así?
¿Sois su caballero aquí?
¿Entrais por ella en la liza?

DESTÚÑIGA. Soy quien no consiente en vano
se atreva nadie á ofenderla;
que á mí para defenderla
me basta ser castellano.

PACHECO. Otra razon entreveo
que ha de poder mas en vos.

DESTÚÑIGA. ¿Cuál?

PACHECO. Me engaño, ó vive Dios,
tenéisla amor, segun creo.

DESTÚÑIGA. ¿Yo?

PACHECO. Sí, vos, sin duda alguna;
y á fé que es rara ocurrencia
unir con el de Plasencia
á su enemigo el de Luna.

DESTÚÑIGA. Ya me falta el sufrimiento:
salid al campo conmigo.

PACHECO. Perdonadme si no os sigo;
mudé ya de pensamiento.
Yo os complaciera, á fé mia,
con vos saliendo á lidiar;
mas si os llegara á matar
corta venganza seria.
Puesto que Elvira os prendó,
renunciad su mano bella;
pues quien casará con ella
no sereis vos, sino yo.

DESTÚÑIGA. ¡Vos! vos! oh rabia!

PACHECO. Servir
mi pasion primero es justo;
y despues, si es vuestro gusto,
tiempo habrá para reñir.

DESTÚÑIGA. Primero que lo logreis

os he de arrancar el alma.

PACHECO. Tened, Destúñiga, calma:
¿que viene gente no veis?

ESCENA VI.

DICHOS. EL REY. DON ALVARO. EL CONDE DE PLASENCIA. EL CONDE DE CASTRO. EL MARQUES DE SANTILLANA. JUAN DE MENA. VIVERO. CABALLEROS.

REY. Vistosa la plaza está.

SANTILLANA. Bella funcion á fé mia.

MENA. Escalona en este dia
fama eterna dejará.

ALVARO. ¡Qué es ver en altos balcones
colgados de rica grana,
tanta beldad que se afana
por robar los corazones!
¡Qué es ver el grato arrebol
de sus purpúreos colores,
y sus ojos brilladores
que compiten con el sol!
¡Y aquellas preciosas galas
do seda y oro se ostentan,
cuyos matices afrentan
del régio pavon las alas!
Y ¡qué es ver tanto galan,
tanto noble justador,
que por gloria ó por amor
la lucha esperando estan!
Cual recorriendo la arena
con arrogante altivez,
quiere vencer la esquivez
de la hermosa por quien pena;
cual cantando con primor
trova que inspirado inventa,
primero lucir intenta
su ingenio que su valor.
Unos armados estan
de fuerte y brillante arnés,
con su empresa en el pavés

y con fierro de Milan;
otros de gala vestidos
las damas quedan sirviendo,
á Marte fiero escondiendo
bajo formas de cupidos.
¡Y tanto alazan brioso
de erguido, en arcado cuello,
por ardiente, noble y bello
gloria del Betis undoso;
ya luciendo en el paseo
su paramento esplendente,
ya retozando impaciente
en bullicioso escarceo!
Por Santiago, que al mirar
ese marcial aparato,
yo tambien en mi arrebato
las armas he de jugar;
que si su antigua pujanza
la edad á mi brazo veda,
aun la bastante me queda
para romper una lanza.

REY. ¡Bella pintura! Muy bien.

MENA. Maestre, el buen justador,
¿quereisme de trovador
quitarme el lauro tambien?

ALVARO. Donde se halla Juan de Mena
¿quién de poeta blasona?
Cuando él sus trovas entona
¿cuál otra ya dulce suena?

MENA. Mas de una vez os prestó
Apolo su dulce lira.

SANTILLANA. Y el ardor que Marte inspira
á par en vos se admiró.

ALVARO. Alabanza cortesana;
mas ser poeta y soldado
á un tiempo, solo le es dado
al marques de Santillana.

SANTILLANA. No ha sido lisonja en mí
el proclamaros valiente,
que en las lides frente á frente
vuestro arrojo conocí.

ALVARO. Bien me acuerdo, que en verdad
no fuísteis siempre mi amigo.
PACHECO. Olmedo fue buen testigo.
REY. Ese suceso olvidad;
y por Dios, no recordemos
nuestras discordias fatales,
origen de tantos males.
ALVARO. Teneis razon: disfrutemos,
caballeros, sin rencor
de las fiestas de este dia:
que sea todo alegria,
puesto que el rey mi señor
las honra con su presencia;
y en fé de que os quiere bien
nuevas mercedes tambien
su alteza os hace. Plasencia,
á vuestras villas podreis
añadir la de Aravaca;
vos, Castro, de Caravaca
hoy la encomienda tendreis;
vos, Mendoza, adelantado
mayor sois ya de Castilla;
y asistente de Sevilla,
vos, conde, quedais nombrado.
REY. (*Con enfado.*) Paso, paso, condestable.
que harto generoso andais.
Cuando mercedes hagais
será precaucion laudable
en vos pedirme otra vez
primero la venia á mí.
ALVARO. Señor, perdonad.... creí
que....
REY. Basta, basta.
CASTRO. (*A uno que está á su lado.*) Pardiez
que le ha puesto colorado.
ALVARO. (*Ap.*) ¿Qué es esto que escucho, cielos?
REY. (*A Pacheco que ha estado hablando bajo con él.*) Yo le cortaré los vuelos.
PACHECO. En breve su orgullo osado
llegára el cetro á usurpar.
REY. Ahora, caballeros, id

y vuestros juegos seguid;
que aquí me es fuerza quedar
con el maestre un momento.

ALVARO. ¿Conmigo?

REY. Ciertos asuntos
tenemos que tratar juntos.
(*A los caballeros que se retiran.*)
Dios os guarde.

VIVERO. (*Bajo á Pacheco.*) Macilento
quedó con la reprimenda.

CASTRO. (*Bajo á Plasencia con ironia.*)
Os doy, conde, el parabien
por esta merced.

PLASENCIA. Tambien
yo os lo doy por la encomienda.

ESCENA VII.

EL REY. DON ALVARO.

ALV. Señor.... (*Se echa á los pies del rey.*)

REY. ¿Qué es esto, condestable... Alzaos...
¿Vos á mis plantas?

ALV. Sí... vuestro semblante
me dice, airado, que enojaros pude.

REY. No, don Alvaro, no.... Mas escuchadme....
Tiempo es ya de decir.... Mucho me cuesta....
Y no sé si tendré fuerza bastante.

ALV. ¿Qué os detiene, señor?... ¿Pensais acaso
en mí encontrar un corazon cobarde?
¡Ah! bien me conoceis: nunca la suerte
vencer pudo este pecho incontrastable.

REY. Una prueba de amor pediros quiero.

ALV. Mi deber es por vos sacrificarme.
Decid.

REY. Viéndolo estais.... Por vos do quiera
mis reinos todos en discordias arden;
y tras tanto afanar, un bien precioso,
la paz, la dulce paz, es justo darles.

ALV. ¿Y bien?...

REY. En vano conseguirlo anhelo,

maestre, en tanto que á mi lado os guarde.
Salid, yo os lo suplico, de mi corte.

ALV. ¡Yo, señor!

REY. Es forzoso.

ALV. ¡Desterrarme!
¡A mí!

REY. No lo penseis.

ALV. ¡Yo desterrado!
¡Yo!—Bien, si lo mandais....

REY. No, condestable.
Escuchado lo habeis: os lo suplico.

ALV. Asi recompensar los reyes saben.
Este de mi lealtad, este es el premio.

REY. ¿Por ventura temeis que os arrebate
de mi antiguo favor los altos dones
que tanto mereceis?.... No: las ciudades,
los títulos guardad que justo premio
fueron de tal valor, tantos afanes;
y nuevas gracias recibid ahora....

ALV. ¿Quién nada os pide aqui?.... Mis dignidades,
mis bienes, ¿qué me importan?...¡Ah! tomadlos...
Una sola merced quiero mas grande.

REY. ¿Cuál es?

ALV. La muerte.

REY. ¡Cielos!

ALV. Sí, la muerte
el solo premio es ya que podeis darme.

REY. Maestre, qué decis?

ALV. ¡Qué! ¿Tan mezquino
mi corazon juzgais, que solo cabe
en él codicia vil?.... ¡Me dais riquezas,
títulos!.... y la honra, ¿nada vale?

REY. ¿La perdereis por eso?

ALV. ¿No la pierdo?
Decidlo vos.... Treinta años de combates
¡por término tendrán con mengua mia
acerba humillacion, destierro infame!
¡Ah!.... ¿Qué dirá Castilla, España toda?
¡Que fuí tal vez traidor!.... No, no, matadme.
En el puesto en que estoy, solo muriendo
me es posible cederlo á mis rivales.

REY. Entiendo, hombre ambicioso: vuestro orgullo
es el que os dicta tan audaz lenguaje.
Anhelais el poder.... ¡Necio que ignora
que á quien lo pudo dar quitarlo es facil!

ALV. ¿Quién lo niega, señor?.... ¿No os sacrifico
cuanto puedo perder? ¿No os doy mi sangre?
Solo guardo el honor: si esto es orgullo,
la culpa es vuestra que me hicisteis grande.
Puesto que al cielo sublimarme os plugo,
no pretendais ahora rebajarme,
que los hombres cual yo, si á caer llegan,
desquician el estado al desplomarse.
Miradlo bien, señor: no es al de Luna,
no es un triste mortal á quien se abate:
es Castilla, sois vos, que en estos hombros
sustentándose estan treinta años hace.
Yo soy el que animoso en Talavera
libraros supe del rebelde infante;
yo soy quien desde un triste cautiverio
en el trono os senté de vuestros padres;
yo quien luchando con osados nobles
en él os defendí firme y constante,
y humillé al Aragon, y las banderas
á vuestros pies rendí del fiero alarbe.
Mi vida entera la lealtad la abona.
Y ¿qué en cotejo de servicios tales
pueden hoy presentar esos que intentan
del lado vuestro con baldon lanzarme?
¿Quereis saber sus timbres? Tordesillas,
Olmedo, Montalvan por ellos hablen;
hablen tantos castillos asaltados
do hicieron todos criminal alarde
de insultar á su rey; hable el convenio
en que vuestro poder haciendo partes,
como á rico botin, se les vió ansiosos
cada cual á la suya abalanzarse.
¿Logran ellos vencer? Castilla os mira
indignada sufrir su yugo infame.
¿Consigo yo humillar su loco orgullo?
Con mas bello esplendor luego renace
vuestro escelso poder, y vuestros reinos

en vos adoran, mas que un rey, un padre.
El escudo soy yo de vuestro solio;
y con ánimo fuerte, incontrastable,
mientras ellos intentan destrozarlo,
lo mantengo, señor, firme y radiante.
Estos mis hechos son, este mi crimen;
y si lo osais ahora castigadme.

REY. ¡Castigarte!.... ¡Cruel!.... ¿Puedes creerlo?
¿Eso dices de mí?.... Pues qué, ¿no sabes
que tu vida es mi vida; que aunque quiera,
no le es dado á tu rey dejar de amarte?
¡cual si mal grado suyo á ser tu amigo
un mágico poder le arrebatase!
Tú de mi infancia compañero fuiste;
y entre pueriles juegos, dulce, afable,
la prision alegrabas en que injusta
siempre me tuvo recelosa madre.
A todas horas desde entonces fuera
necesidad en mí verte y hablarte,
escuchar tus consejos y seguirlos,
mis contentos decirte ó mis pesares;
y hora el pedirte que de mí te alejes
siento mi corazon despedazarse.

ALV. No mas, no mas, señor.... Vuestro vasallo
os obedece ya.... ¿Quereis me marche?
Pues bien, me marcharé.... Nada me importa
que el puro brillo de mis timbres aje
este cruel destierro.... Es vuestro gusto,
cúmplase luego... Adios.... Pocos instantes
durará mi pesar.... Si no sucumbo
al rigor de este golpe que me abate,
sé que bien pronto mas fatal sentencia....

REY. ¡Ah! ¿qué dices?

ALV. Pues qué, ¿creeis se sacie
el insano rencor de mis contrarios
mientras respire quien temblar los hace?
¡Qué mal los conoceis! Mi muerte solo,
mi muerte anhelan.

REY. Eso no.... Constante
te sabré defender.

ALV. ¿Podeis acaso

responder de vos mismo?

REY. ¿Tan mudable
me presumes?.... Pues bien, hoy una prenda
de tu seguridad pretendo darte.
Toma este anillo, guárdalo.... Si un dia,
(que no es posible) á decretar llegase
tu muerte, entonces.... te lo juro, empeño
mi palabra de rey.... al presentarme
esta alhaja preciosa, reclamando
la fé de quien la dió, juro salvarte.

ALV. ¡Ah!.... la acepto, señor.... no porque intente
valerme de ella en tan terrible trance;
pues os juro á mi vez que tal empleo
yo jamas le daré: prenda estimable
de vuestro amor, la guardo, mas preciosa
que riquezas y que altas dignidades.

REY. Basta.... Acabemos ya.... Pues mis intentos
os hice conocer, ved, condestable,
lo que os está mejor.... A vuestro arbitrio
dejo ya la eleccion.... Si estar os place
en mi corte, quedaos; si el consejo
de un amigo seguís, marchaos antes
que algun triste suceso.... En fin, pensadlo,
pensadlo bien.... Adios.

ALV. El cielo os guarde.

(*Vase el rey.*)

ESCENA VIII.

DON ALVARO: *luego* PACHECO.

ALVARO. ¿Qué es esto, pues, que me pasa?
Cual frio mármol me quedo.
¿Es á mí, cielos, á mí
á quien habla tan severo
el rey?.... Acabo de oirlo,
y aun dudo que sea cierto.
En la cumbre del poder
descansaba sin recelo,
cuando un abismo insondable
miro á mis plantas abierto.

En vano, débil monarca,
fingir intentas un resto
de amistad: mejor que tú
en tu alma mezquina leo
el odio que oculto abrigas
acaso sin tú saberlo.
No pienses, no, que en tí fio;
que al débil su propio miedo
le hace crüel, y llorando
traspasa á su amigo el pecho.
Mas nada temo.... En mis manos
tu corazon siempre tengo,
y en ellas es para mí
lo que á un niño sus muñecos.
¿Presumes de mí librarte?
¡pensamiento loco y necio!
Rey don Juan, eres mi esclavo:
tan antiguo cautiverio
no se quebranta en un dia;
y el que ha nacido á ser siervo,
por mucho que lo resista,
tiembla siempre ante su dueño.
¡No te atreviste, alma débil,
á decretar mi destierro!....
Pues dejas á mi eleccion
partir ó quedarme, el tiempo
sabré emplear de tal suerte
que tiembles ya verme lejos.
(*Sale Pacheco.*)
Mas Pacheco....

PACHECO. Condestable,
concededme unos momentos.

ALVARO. ¿Importa me hableis ahora?

PACHECO. Importa.

ALVARO. Pues decid presto.

PACHECO. Poco tardaré, que hablar
con toda franqueza os quiero;
y porque bien me entendais,
me escusaré de rodeos.

ALVARO. ¿Y bien?

PACHECO. Tal vez lo sabeis,

mas si lo ignorais, sabedlo;
que es el marques de Villena....

ALVARO. Mi enemigo, estoy en ello.

PACHECO. Ahorrado habéisme el decirlo.

ALVARO. Tampoco es grande el afecto
que me inspirais.... Pero en suma,
¿á qué viene ese recuerdo?

PACHECO. No ha sido, segun las señas,
muy de vuestro gusto, creo,
la entrevista con el rey.

ALVARO. ¿De qué lo inferís?

PACHECO. De lejos
pude observaros.

ALVARO. Marques,
habeis estado indiscreto.

PACHECO. En fin, maestre, ¿acabose
de hoy mas vuestro valimiento?

ALVARO. ¿Quién os lo ha dicho, don Juan?

PACHECO. Lo dicen los ojos vuestros.

ALVARO. ¿Cómo?

PACHECO. Sí; ya no se advierte
la antigua arrogancia en ellos:
turbados estan ahora
si antes miraban soberbios.

ALVARO. Repórtese el de Villena,
que ya insolente le encuentro.

PACHECO. Perdonad....

ALVARO. Cansado estais:
decid pronto y acabemos.

PACHECO. Decidme primero vos.
Cuando siendo aün mancebo,
la fortuna y los honores
contemplábais desde lejos,
cuando el favor de los reyes
era un ardiente deseo
que mas os atormentaba
cuanto lo esperábais menos;
¿no os inflamaban la mente
á veces altos ensueños
que á las cumbres del poder
alzaban el pensamiento,

¿Qué vale el poder si es dable
perderlo en solo un momento,
ó no alcanza á desterrar
este temor de perderlo?
¿Sabeis vos el conservarlo
cuánto cuesta? ¿qué tormentos?
¡Horrible es el corazon
del poderoso! Si verlo
pudiera el vulgo, causara
en vez de envidia, desprecio.

PACHECO. Todo lo sé, condestable,
conozco bien lo que quiero.
Afanes causa el poder,
hace infeliz, bien lo creo;
mas todo una sola cosa
lo recompensa, el tenerlo.
Logre yo ser lo que sois,
todo lo demas es menos.
A vos os pueden quitar
bienes, honores, es cierto;
mas siempre de entre las ruinas
del poder que estamos viendo,
vuestra fama se alzará
para asombro de los tiempos.
Con tal de haber sido mucho,
en ser nada yo consiento;
y caiga luego al abismo
si toco primero al cielo.

ALVARO. Que sois digno de elevaros
hasta mí, mostrais en eso;
pero esplicaos al fin:
¿cuáles son vuestros proyectos?

PACHECO. Rivales los dos temibles,
ó paz ó guerra os ofrezco.

ALVARO. Elegid la que gusteis.

PACHECO. Yo la paz.

ALVARO. Y ¿he de creeros?

PACHECO. El combatirnos seria
el uno al otro perdernos,
con nuestra ruina encumbrando
á esos nobles altaneros.

Para abatirlos mas pronto,
unamos nuestros esfuerzos:
vos quedareis lo que sois,
yo seré sucesor vuestro.

ALVARO. ¿Qué condiciones quereis?

PACHECO. La primera (porque anhelo
que se afiance esta alianza
con lazo fuerte y eterno),
es ser de la hermosa Elvira
esposo.

ALVARO. ¡Mi hija!

PACHECO. Yo creo
que mi sangre....

ALVARO. Por lo noble
la sangre de los Pachecos
merece unirse á los reyes:
me honrareis con ser mi yerno;
y si es gustosa mi Elvira,
tan bello partido acepto.

PACHECO. Pero no basta: es preciso
que asegurados quedemos;
y pues existen contrarios
que nos amenazan fieros,
el destierro ó la prision
hoy mismo nos libren de ellos.

ALVARO. Conocidos son los mios;
decidme, marques, los vuestros.

PACHECO. ¿Qué pensais del de Plasencia?

ALVARO. Ese ha de ser el primero.

PACHECO. ¿Y Destúñiga su hijo?

ALVARO. Jóven gallardo es por cierto;
Y no le quisiera mal
si otro padre....

PACHECO. Le aborrezco,
y exijo....

ALVARO. Yo os lo abandono.

PACHECO. Está bien: vos el tercero
decid.

ALVARO. El conde de Castro.

PACHECO. No lo merece por necio;
que en hombres de mas valer

el tiro ásestar debemos.
Mas sea... Yo al almirante
señalo.

ALVARO. Es mi amigo.

PACHECO. Bueno:
decid un amigo mio,
y pagados quedaremos.

ALVARO. El conde de Alba.

PACHECO. A los otros
acompañe, aunque lo siento.
¿Quién mas?

ALVARO. . . Luego lo diré;
me es fuerza pensar en ello.

PACHECO. Yo entretanto preparar
del rey el ánimo quiero.

ALVARO. Sí; marchad; que en este instante
le infunde mi voz recelos,
y si naciera de mí
se malogrará el proyecto.

PACHECO. Adios, condestable, adios.
(*Se dan las manos.*)

ALVARO. Adios, marques.

PACHECO. ¿Nos veremos
despues de la justa?

ALVARO. Sí;
y sobre todo secreto.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un magnífico salon con ventanas y puertas laterales. En el fondo hay tambien tres grandes puertas que, abriéndose, dejan ver el jardin. Mesa y sillas.

ESCENA PRIMERA.

DON ALVARO, *solo.*

(*Sale muy agitado y luego se sienta.*)

Por fin, concluyóse ya
tan enojosa funcion:
¡fiestas cuando el corazon
lleno de ponzoña está!
¡Reir, fingir alegria,
y aqui dentro padecer!
No, nadie pudo creer
lo que el semblante mentia.
Do quier con malignos ojos
yo los ví que me observaban,
cual gentes que no ignoraban
mis mal ocultos enojos;
y entre el fúnebre brillar
de la fingida sonrisa,
con maliciosa pesquisa
mis penas escudriñar.
Parecido á ningun otro
es este horrible tormento:
de brasas era el asiento
do estaba como en un potro.
No puedo mas.... De esta pena
descansemos un instante.—
¡Cuán ufano y arrogante

estaba allí el de Villena!
¡Cómo triunfaba el malvado!
¿Y á Elvira le entregaré?—
No.... jamás consentiré....
¡Qué he de hacer, si lo he jurado!

ESCENA II.

DON ALVARO. ELVIRA.

ELVIRA. Héle allí.... ¡Cuán abatido!
Padre....
ALVARO. Hija mia, ¿tú aquí?
ELVIRA. Cuando retirar os vi
parecísteisme afligido.
ALVARO. Un poco.... sí.... Pero al verte
se ahuyentan todas mis penas:
tú solamente serenas
este rostro que la suerte,
sellando en él la arrogancia,
á estar mustio y agitado,
de negras sombras cercado,
condenó desde la infancia.
Do quiera inspirando susto
y amenazando sombrio,
solo contigo, angel mio,
depongo mi ceño adusto.
Tu sonreir inocente
hondo penetra en el alma,
y en ella vierte la calma
desarrugando mi frente.
ELVIRA. ¡Dichosa yo, pues consigo
vuestras penas mitigar!
Mas ¿qué funesto pesar?...
ALVARO. ¡Ah! mi existencia maldigo.
ELVIRA. ¿Vos, señor, á quien el cielo
de bienes sin fin colmó?
¿Vos, á quien fortuna alzó
do mas no alcanza su vuelo?
Poder, honores, riqueza,
cuanto un mortal ambiciona

teneislo.

ALVARO. Sí, la corona
solo falta á mi grandeza.
Mas mi poder soberano
que á quien le contempla asombra,
que á mis plantas por alfombra
pone el reino castellano,
¿sabes cuanto al corazon
cuesta de afan y tormento?
¡Perdido es para el contento
cuanto alcanza la ambicion.

ELVIRA. Dejadlo. ¿A qué lo quereis
si vuestra desdicha labra?

ALVARO. ¿Quieres que mi pecho te abra?
No lo puedo.

ELVIRA. ¡No podeis!

ALVARO. No, que á quien logra alcanzarlo.
cual sujeto á un maleficio,
es el tenerlo un suplicio,
y es un suplicio el dejarlo.

ELVIRA. ¿Y si os lo quitan?

ALVARO. ¿Qué dices?
¿Sabes que ya lo procuran?
¿Sabes?... ¡Ah! mal se figuran
que han de lograrlo.... ¡Infelices!
Pronto mi venganza.... Elvira,
perdona, no estoy en mí,
perdona á tu padre, sí,
que hablando de esto delira.

ELVIRA. ¿Qué oigo?... ¿Algun traidor sin ley?

ALVARO. Lo son cuantos me rodean.

ELVIRA. ¿Y vuestra ruina desean?

ALVARO. Sí.

ELVIRA. Mas el favor del rey....

ALVARO. Y ¿qué es de un rey el favor?
Tan solo nube ligera,
llama leve y pasagera
que apaga el viento menor.

ELVIRA. ¿Temeis perderlo?

ALVARO. Hija mia,
ya lo he perdido.

ELVIRA. ¡Dios santo!
¿morireis?
ALVARO. Calma tu espanto;
mucho espero todavia.
ELVIRA. ¡Ah! sálvese vuestra vida
y piérdase lo demas.
ALVARO. Vida y poder salvarás
si quieres.
ELVIRA. ¿Yo?
ALVARO. Hija querida,
tal vez á exigirte voy
un sacrificio penoso.
ELVIRA. Por vos ninguno es costoso:
dispuesta á todos estoy.
ALVARO. ¿Conoces al de Villena?
ELVIRA. ¡Al de Villena, señor!
ALVARO. ¿Qué tienes?
ELVIRA. No sé.... De horror
siempre ese nombre me llena.
Villena es vuestro enemigo.
ALVARO. Lo sé.... y otro tiempo cara
esa ambicion le costara;
que entonces pronto castigo....
Mas hoy adversa fortuna
lo dispone de otra suerte;
y á quien no puedo dar muerte,
es prudencia que me una.
ELVIRA. ¡Cómo!
ALVARO. Galan, cortesano,
de antiguo ilustre solar,
á noble doncella honrar
puede sin duda su mano.
ELVIRA. Ya entiendo.... Tal vez la mia....
ALVARO. Prometérsela debí.
ELVIRA. ¡Oh cielos! ¡triste de mí!
ALVARO. ¿Acaso repugnaria?...
ELVIRA. ¿No os he dicho que me espanta
ese hombre?
ALVARO. Mas en la corte
su bizarria, su porte,
hoy á las damas encanta.

ELVIRA. ¿Me he de casar sin amor?
ALVARO. En la muger bien nacida,
si amor el pecho no anida,
en cambio sobra el honor.
ELVIRA. Bien, señor, me casaré;
basta que os lo prometiera:
cúmplase mi suerte fiera;
mas despues....
ALVARO. ¿Qué?
ELVIRA. Moriré.
ALVARO. ¡Tú morir! ¿Qué dices, necia?
¿Asi mi pecho quebrantas?
Mas ¿cómo al que anhelan tantas
tu ceguedad le desprecia?
ELVIRA. ¿No dije que le daré
mi mano? ¿Puedo hacer mas?
ALVARO. Y ¿desdichada serás?
ELVIRA. Eso, señor, ya lo sé.
ALVARO. Y ¿piensas lo consintiera?
Hija de mi corazon,
no es tanta, no, mi ambicion
que á tu dicha la prefiera.
Mas ¡qué infundado temor!
¡Tú infeliz!.... No lo serás.
¡Cuán al contrario! Hallarás
la ventura en derredor.
Gentil, de bella apostura,
noble, discreto y cortés,
no desmerece el marques
de tu gala y hermosura;
y aunque repugnancia leve
tengas, al fin, que vencer,
consolaráte el placer
que tu pecho sentir debe
honrando mi ancianidad.
Tú salvarás mi cabeza,
y de un padre la grandeza
será tu felicidad.
ELVIRA. ¡Ah! no sabeis qué dolor
me costará la obediencia.
ALVARO. Estraño tu resistencia....

A no ser que ya otro amor....
¿Callas?.... Elvira, ¿es verdad?

ELVIRA. Señor....

ALVARO. Todo lo comprendo.
¡Ah! ¡ya en cólera me enciendo!
Mal haya tu liviandad.

ELVIRA. No prosigais; que ofendido
con tal sospecha me habeis:
ni en mí mancha encontrareis,
ni de quien soy yo me olvido;
y aunque tuviere otro amor,
sumisa al deber filial,
será la obediencia igual,
si el sacrificio es mayor.

ALVARO. Hija mia, no lo dudo;
perdona si te ofendí:
sí, digno será de tí
aquel que prendarte pudo.
Y ¿quién sabe?.... Su nobleza,
su poder puede ser tal,
que de un odioso rival
logre abatir la altiveza.
Porque le aborrezco, Elvira,
y aun mas que tú le detesto,
y horror su enlace funesto
como á tí misma me inspira.

ELVIRA. Digno, señor, de los dos
es el que á mi ley se humilla:
poderoso es en Castilla;
pero....

ALVARO. Nómbrale por Dios.

ESCENA III.

DICHOS. VIVERO.

VIVERO. Señor....

ALVARO. ¡Qué necio importuno!
¡Y bien! ¿Qué quereis?

VIVERO. Que os diga
dos palabras permitid.

ALVARO. ¿Importa?
VIVERO. Importa. Me envia
el de Villena.
ALVARO. (*Le lleva á un lado.*)
Hablad quedo.
VIVERO. Su palabra está cumplida.
ALVARO. ¿Ha hablado á su alteza ya?
VIVERO. En este instante.
ALVARO. ¿Y la lista?
VIVERO. Entregósela.
ALVARO. ¿Y qué dice
el rey? ¿consiente?
VIVERO. Vacila.
ALVARO. ¿Cómo?
VIVERO. Piensa que el asunto
mas consejo necesita.
Tal vez os lo pida á vos;
y el de Villena os lo avisa
para que....
ALVARO. ¿Le habló de mí?
¿Dijo el pacto que nos liga?
VIVERO. No, que á sus ojos conviene
esté la trama escondida.
ALVARO. Bien.... ¿Y el rey?
VIVERO. Es de creer
que en breve aqui se dirija.
En el jardin ha quedado....
(*Mirando por una ventana.*)
Miradle allí.... Se encamina
hácia este sitio.
ALVARO. Dejadme,
dejadme aqui solo.—Elvira,
retírate tú tambien;
que luego la interrumpida
conversacion seguiremos.
ELVIRA. ¡Padre!
ALVARO. ¿Qué me quieres, hija?
ELVIRA. ¿Quedais enojado?
ALVARO. No.
ELVIRA. Vuestra mano.
ALVARO. Prenda mia,

abrázame.
(*Se abrazan.*)

ELVIRA. ¡Padre amado!

ALVARO. Ve, yo pensaré en tu dicha.
(*Vase Elvira.*)
El rey se acerca.... Vivero,
hablarle aqui me precisa:
cuidad de que no entre nadie
á turbar nuestra entrevista.
(*Vase Vivero.*)

ESCENA IV.

EL REY. DON ALVARO.

(*Don Alvaro se sienta cerca de la mesa, en ademan pensativo y fingiendo que no ve entrar al rey, el cual llega distraido leyendo un papel.*)

ALV. ¡Qué pensativo está!.... Cual si imprevista
fuera su entrada aqui disimulemos.

REY. Alba.... Plasencia.... Castro... el almirante....
Mucho pide el marques....¡Tantos destierros....
tantas prisiones!.... No; que hartas desgracias
han afligido ya....

ALV. Su ánimo incierto
parece vacilar.... Facil seria....

REY. ¡El condestable aqui!.... De él ocultemos
este papel.

ALV. Lo guarda.... Mi designio
se logrará.

REY. ¡Maestre!

ALV. ¿Quién?.... ¡Oh cielos!
¡Vos, señor!.... Perdonad.... Visto no habia
que os hallábais aqui.

REY. Triste os encuentro.
¿Por qué tan abatido?

ALV. Para estarlo,
si vuestro amor perdí, motivos tengo.

REY. Lo de antes olvidad.... Siempre mas vivo,
maestre, conservais mi antiguo afecto.

ALV. No lo dudo, señor...,. Sé que no es facil
romper los lazos que estrechára el tiempo;
sé que un ardiente defensor me queda
en vuestro corazon.... Mas los perversos
que en daño mio sin cesar trabajan,
conseguirán al fin su odioso intento.
REY. ¡Impotente rencor!
ALV. No; que sus tramas
no conoceis, señor: los viles medios,
las artes ignorais de que en mi daño
sabe hacer su maldad pérfido empleo.
Harto conocen que atacar no pueden
de frente á su rival; que en vuestro seno
tengo seguro, impenetrable asilo,
do de su saña atroz me hallo á cubierto;
mas el castillo que asaltar no logran,
procuran socavar por los cimientos.
REY. ¡Dios! ¿qué quereis decir?
ALV. Nada.... Mas vale
entregarse á la suerte.
REY. Algun secreto
me intentais descubrir.
ALV. Mal informado
acaso yo estaré.
REY. No, no: lo quiero,
lo mando.... Hablad.
ALV. Pues bien, aquí se abriga
vasta conspiracion que en el silencio
los lazos tiende do traidores tratan
de envolver á los dos.
REY. (*Aparte.*) ¿Si será cierto?
Esta lista.... (*Alto.*) Seguid.
ALV. Cuando al olvido
dabais, señor, sus torpes desafueros;
cuando aqui los recibo generoso
con sincera amistad, entre festejos,
¡entonces su cobarde alevosia
asesta el vil puñal contra mi pecho!
¡Ingratos!
REY. Pero hablad.... ¿Qué trama oculta?....
ALV. ¿Pues no la conoceis?.... Que, ¿no son ellos

los que pintando como infiel valido
al que es tan solo de lealtad modelo,
de alejarme de vos, con mengua mia,
á dar llegaron el falaz consejo?
¿No son ellos tambien?....

REY. Mas desde entonces
ya nadie osára hablar en daño vuestro.

ALV. Es cierto; y hora su perfidia sigue
camino mas seguro, aunque mas lento.

REY. Esplicaos, por Dios.

ALV. De sus rencores
mis amigos, no yo, son el objeto.

REY. ¿Vuestros amigos?

ALV. Sí: con su desgracia
mis mas seguros defensores pierdo;
y este coloso que su amor sostiene,
cuando solo se encuentre vendrá al suelo.

REY. ¿Mas qué pruebas teneis?....

ALV. ¡Ah! Desterrados
en pocas horas se verán, ó presos.

REY. ¡Cielos! ¿Cómo sabeis?....

ALV. Hoy mismo deben
proponeros, señor, tan vil proyecto.
Todo está preparado.... Ya sus nombres
inscriptos se hallan en horrible pliego;
y como mas audaz, mas ambicioso,
á presentarlo aqui vendrá Pacheco.

REY. ¡Pacheco!.... Sí, es verdad... Ya lo ha entregado.

ALV. ¿Es posible?

REY. Miradlo.... Aqui lo tengo.

ALV. ¡Ah! Con tal prueba declarad ahora
si yo soy el traidor, ó lo son ellos.

REY. ¡Atroz perfidia!.... Con razon no quise....
Mas en los nombres que trazados leo
no amigos todos son.... El de Plasencia,
el de Alba y otros que contrarios fueron
siempre á vuestro poder, ¿cómo se encuentran?...

ALV. Asi pretenden disfrazar su intento.
En breve libres se verán los suyos:
solo en mis partidarios todo el peso
caerá de su furor.

REY. ¡Que el de Villena
de tan bajos ardides!....
ALV. Conocerlo
debiérais ya señor. ¿No es él, acaso,
quien al príncipe incauto corrompiendo,
entre placeres y delicias torpes
perdió su juventud? ¿Por sus consejos
contra su padre y rey el estandarte
tambien de rebelion no diera al viento?
¿Quién concitando á turbulentos nobles,
siembra discordias y la paz del reino
aleja sino es él? ¿Quién ambicioso
codicia con afan mi honroso puesto;
y á medios viles, á sus artes, quiere,
no á sus servicios, como yo, deberlo?
El es tambien, él es.... ¡Necio! ¿Y presume
mostrarse igual á mí? ¿Dó los trofeos
están que al moro conquistó su espada?
¿Qué hazañas hasta aquí nombre le dieron?
O ¿cuándo, ya que en armas no es famoso,
mostrára su prudencia en los consejos?
Ponedle á prueba; y á sus torpes manos
por breves dias confiad el cetro.
La discordia vereis, aun no abatida,
su horrible frente levantar de nuevo;
vereis lanzarse, como hambrientos lobos,
él y los suyos á los tristes pueblos,
y su sangre beber; y escarnecida
vuestra alta dignidad vereis á un tiempo.
¿Qué mas? Del uso que el malvado hiciera
de su infausto poder en ese pliego
la prueba teneis ya.... Si asi empezaba,
de lo que hiciera al fin estremeceos.
REY. Harto lo veo, sí.... Sus falsedades,
sus palabras de sangre hora recuerdo.
¡Ah! perverso, ¡qué horror!.... Pero, maestre,
¿qué partido tomar?
ALV. No os aconsejo.
Solo debo decir, por si os importa,
que donde esté Villena estar no puedo.
REY. ¿Dejarme hora quereis?

ALV. Será preciso.
Si él queda en vuestra corte, yo me ausento.
Con disturbios sin fin, si ambos en ella
que estemos consentís, la turbaremos:
él de mi ruina sin cesar tratando,
yo sus pérfidas tramas combatiendo.
Entre uno y otro que elijais conviene:
ved á cuál preferís.... Yo con respeto
vuestra sentencia aguardo.

REY. Y un instante
¿podeis dudar cuál sea?.... Conocerlo
me es forzoso, maestre: de mi lado
no os debeis separar; que al noble esfuerzo
con que mi causa sosteneis constante,
el bello lustre de mi trono debo.
Mas combatido por afectos tantos,
dejadme respirar; que harto padezco
en tan penosa lucha, y retirado
me es necesario estar cortos momentos.
En breve os llamaré; y en este asunto
de lo que hacer conviene trataremos.
Adios.

ALV. Pero, señor, con esa lista,
¿qué pretendeis hacer?

REY. Nada.... Os la entrego.
(*Le da el papel y vase.*)

ESCENA V.

DON ALVARO, *solo.*

Respira, al fin, corazon,
que ya el triunfo aseguré.
Villena, rival osado,
caiste en tu propia red.
Mira este pacto afrentoso
que me quisiste imponer,
(*Rompe el papel.*)
míralo pedazos hecho;
y tiemble ya tu altivez,
que con tu pecho malvado

hoy lo mismo espero hacer.

ESCENA VI.

DON ALVARO. PACHECO.

PACHECO. ¿Hablásteis al rey, maestre?
ALVARO. Sí, Villena, ya le hablé.
PACHECO. ¿Luego consiente?
ALVARO. Lo ignoro.
PACHECO. ¿No le pudisteis vencer?
ALVARO. Mas dichoso en mis esfuerzos
seré sin duda otra vez.
PACHECO. La diligencia conviene:
mas eficaz os juzgué.
ALVARO. Es que acaso entre los dos
hechos los tratos no estén.
PACHECO. ¿Eso decís? Terminados
quedaron á mi entender.
ALVARO. Todavia cierto punto
falta que arreglar.
PACHECO. ¿Cuál es?
ALVARO. Lo del casamiento.
PACHECO. ¿Cómo?
¿No prometísteis tambien?
ALVARO. Prometí si consentia
Elvira gustosa en él.
Recordadlo.
PACHECO. Lo recuerdo;
pero de un padre la ley
puede obligar....
ALVARO. Su tirano
ser no pretendo, marques.
ni contra su voluntad
vos admitiérais muger.
PACHECO. Que sea buena casada
es tan sólo mi interés;
y eso dejadlo á mi cargo.
ALVARO. No es, Pacheco, menester;
que es bien nacida, y cual noble....
PACHECO. Condestable, ya lo sé;

pero acabemos: Elvira....

ALVARO. Tardo sois en comprender.
Duéleme tan malas nuevas
daros; mas Elvira....

PACHECO. ¿Y bien?

ALVARO. No consiente.

PACHECO. ¡No consiente!
Tal disculpa no penseis
que admita.

ALVARO. Admitidla ó no;
que eso resuelve, sabed.

PACHECO. Ahorrémonos de palabras.
Vuestro amigo quiero ser:
si vos quereislo ser mio,
mis condiciones sabeis.

ALVARO. No acostumbro tolerar
quien me las quiera imponer.

PACHECO. Ni yo sufrir de un perjuro
acostumbro la doblez.

ALVARO. Tened la lengua, ó si no,
vive Dios, la arrancaré.

PACHECO. ¡Débil anciano!

ALVARO. La sangre
no ha helado en mí la vejez;
para humillar á soberbios
sobra á mi brazo poder,
y mas soberbios que vos
suelen besarme los pies.
¿Pensásteis, jóven audaz,
envanecido doncel,
que hasta el de Luna elevarse
pudiera vuestra altivez?
¿Pensásteis que do mi frente
se alza igual á la del rey,
se alzára tambien la vuestra
do apenas miro un laurel?
El astro de mi fortuna
no perdió su brillantez,
y rivales como vos
solo merecen desden.

PACHECO. No me hablábais tan altivo

cuando enantes os hablé.
El enojo del monarca
sin duda olvidado habeis;
ó porque hora mas benigno
os ha mirado tal vez,
á vuestra privanza antigua
os imaginais volver.
Dejad tan loca esperanza,
maestre, no os engañeis;
que en rueda va la fortuna,
y al que en su cumbre se ve,
pues nadie á fijarla llega,
le toca solo el caer.
En ese astro que os guiaba,
creedme á mí, no os fieis;
que si alguna luz le queda
en su triste palidez,
es la que basta á llevaros
donde os habeis de perder.
Al proponeros mi alianza,
yo salvaros intenté:
no por amor, lo confieso,
sino que á mí me está bien.
Impórtame mas que todo
vuestra herencia recoger;
prefiero en paz aguardarla,
porque mas segura esté;
pero si arrancarla es fuerza,
si guerra quereis, tambien
la guerra acepto, y el triunfo
á quien quiera Dios lo dé.

ALVARO. Guerra, pues, el de Villena.
PACHECO. Guerra, sí, pues la quereis.
ALVARO. ¡Ah! yo os cortaré los vuelos.
PACHECO. Yo humillaré esa altivez.
ALVARO. Pronto tendreis nuevas mias.
PACHECO. Antes mias las tendreis.
ALVARO. Quedad, Villena, con Dios.
PACHECO. Id, condestable, con él.

ESCENA VII.

PACHECO. VIVERO.

PACHECO. Los instantes son preciosos:
no hay ninguno que perder.
(*Sale Vivero.*)
¿Sois vos, Vivero?
VIVERO. ¿El maestre?
PACHECO. Por allí ha marchado.
VIVERO. El rey
le llama.
PACHECO. ¡El rey! ¿qué decís?
¿Le llama el rey?.... ¿Para qué?
VIVERO. Enojado está su alteza,
segun me llego á entender;
y al condestable amenaza
en su suerte algun revés.
PACHECO. Con todo, primero es fuerza....
El aviso no le deis.
VIVERO. Mas señor....
PACHECO. Esto conviene.
VIVERO. Si su alteza....
PACHECO. Obedeced.
Hablaréle yo primero:
esperadme en el verjel.
Corramos; si me detengo
tarde acaso llegaré.

ESCENA VIII.

DICHOS. ELVIRA.

ELVIRA. Escuchad, marques.
PACHECO. Señora....
(*Aparte.*) ¡Oh que importuna muger!
ELVIRA. Hablaros quiero un instante.
PACHECO. Os ruego que me escuseis:
el servicio de su alteza
me llamá.

ELVIRA. Corta seré.
PACHECO. No obstante....
ELVIRA. Me importa mucho.
PACHECO. Perdonad: será otra vez. (*Vase.*)

ESCENA IX.

ELVIRA. VIVERO.

ELVIRA. Ni escucharme se ha dignado.
¡Qué grosero y descortés!
Mas ¿qué es esto?
(*Se oye una música guerrera que se va acercando poco á poco.*)
VIVERO. De la liza
los jueces deberán ser.
Al concluirse el torneo
en conferencia los tres
quedáronse comparando
los lances, segun es ley.
Hora en pompa acompañados
de numeroso tropel,
nos darán del vencedor
aqui el nombre á conocer.
Vos, señora, preparaos;
que hora en su pecho debeis,
cual premio de su valor,
la roja banda poner.
Abrid esas puertas.
ELVIRA. ¡Cielos!
(*Vase Vivero.*)
¿quién la merece mas que él?
(*Se abren las puertas del foro, y se ve el jardin. Salen los jueces del torneo con grande acompañamiento de damas, caballeros, pages y escuderos. Estos llevan pendones, en los que estan las armas de los que han peleado. Un page lleva sobre un escudo la banda que ha de servir de premio.*)

ESCENA X.

ELVIRA. PLASENCIA. CASTRO. MENA. SANTILLANA. CABALLEROS. DAMAS. ESCUDEROS. PAGES. JUECES DEL TORNEO.

SAN. Oid, infanzones, guerreros de pro,
los que en noble lucha, con hechos gloriosos
que ensalza la fama, los lauros honrosos
habeis merecido que Marte plantó:
oid la sentencia que el juez pronunció.
Dificil sentencia; que en tanto adalid
puede uno mas dicha tener en la lid:
tener mas aliento no puede, eso no.
Corriendo el palenque con raudo corcel,
astillas seis lanzas Destúñiga hiciera;
y luego doblando tan noble carrera,
rompiera otras tantas el fuerte doncel.
Si bien en las suertes se igualan con él,
del potro rebelde cayóse el de Lara,
el suyo dos veces Quiñones cambiara:
merece el primero, por tanto, el laurel.

ELV. (*Ap.*) ¡Albricias, que él vence, feliz corazon!

SAN. A vos, bella Elvira, que reina el deseo
de cien justadores nombró del torneo,
á vos toca darle tan fiel galardon.
Alzad, caballeros, alzad el pendon;
y en tanto que sombra le dan á su frente
las nobles enseñas honor del valiente,
ante ella de hinojos reciba este don;
que el fuerte guerrero su noble altivez
do reina la hermosa postrándose humilla:
si un tiempo esgrimiera sangrienta cuchilla,
la dulce coyunda le rinde á su vez.

DES. Es grato en las lides ganar honra y prez;
que asi del guerrero la fama se estiende;
y en júbilo inmenso su pecho se enciende
si el fallo glorioso pronuncia tal juez.
Empero es mas grato, dejando el arnés,
si á par que de osado, de tierno blasona,
á noble doncella deber la corona

que humilde recibe cayendo á sus pies.
Mas ¿dónde halla el pecho tan fuerte pavés
que allí de unos ojos los rayos resista?
En vano en las lides laureles conquista,
que amor, débil niño, le vence despues.

SAN. (*A Elvira.*)
Tomad, pues, la banda, preciosa labor,
do cifra gloriosa bordó vuestra mano,
do en letras doradas leer puede ufano:
«Elvira este premio concede al valor.»

ELV. A mí, caballeros, me cupo este honor;
que es gloria en las damas premiar al valiente;
y solo un disgusto mi pecho hora siente:
que el mérito es grande, y el premio...

DES. Es mayor.
¿Cuál otro, señora, pudiera?....

ELV. (*Bajo.*) Callad;
que estais imprudente.

DES. Mi amor dichas tantas,
Elvira, enagenan.

ELV. Caed á mis plantas;
y humilde, guerrero, la banda aceptad.
Con ella al combate ceñido marchad;
y allí contra el moro lidiando con gloria,
la enseña á ser llegue, señal de victoria,
que anuncia al alarbe crüel mortandad.

(*Destúñiga se arrodilla y Elvira le pone la banda al pecho. Sale Vivero apresurado.*)

ESCENA XI.

DICHOS. VIVERO.

VIVERO. Dejad, dejad, caballeros,
esos gratos ejercicios,
y ocupen vuestro valor
otros cuidados mas dignos.
Dejad tan vanos festejos
despojados de su brillo;
pues la presencia les falta
del gran rey que á honrarlos vino.

CABALLEROS. ¿Cómo?
VIVERO. Don Juan y su corte
abandonan estos sitios.
DESTÚÑIGA. ¡El rey!
SANTILLANA. ¿Qué causa?
VIVERO. La ignoro.
Con partir tan repentino
el condestable ha quedado
solo, mústio y pensativo,
cual si una horrible desgracia
sobre él hubiera caido.
ELVIRA. ¿Qué será?.... ¡Cielos!.... sepamos....
¡Temblando estoy! (*Vase corriendo.*)
DESTÚÑIGA. ¡Ah! ya os sigo.
(*Destúñiga y las damas siguen á Elvira.*)
SANTILLANA. ¿De tan imprevista ausencia,
no adivinais el motivo?
VIVERO. Aquí se acerca Pacheco:
tal vez él podrá decirlo.

ESCENA XII.

PACHECO. VIVERO. PLASENCIA. CASTRO. MENA. SANTILLANA. CABALLEROS. ESCUDEROS. PAGES.

PACHECO. Triunfamos ya, ricos-hombres,
de un insolente valido.
Cansóse al fin el monarca
de verle usurpar altivo
el soberano poder
que del cielo ha recibido.
La régia pompa, el orgullo
que respira este recinto,
el ancha copa han colmado
hoy del sufrimiento antiguo.
Marcha indignado su alteza;
y si es fiel mi vaticinio,
cumpliéndose nuestras ansias,
veremos pronto el castigo
del que teniendo en su mano
de Castilla los destinos,

hollar con osada planta
su ilustre nobleza quiso.
Hora al pasar junto á mí
con triste aspecto sombrío,
miradas de rabia llenas
sus ojos me han dirigido;
pero en su arrugada frente,
en su semblante amarillo,
las evidentes señales
de su desgracia he leido.

CASTRO. ¿Qué dices?.... ¡Ah! derrocado
otras veces ya le vimos;
y mas audaz y orgulloso
se levantó del abismo.

SANTILLANA. Algun dia nuestras lanzas
en mil combates reñidos,
queriendo humillar su orgullo
remacharon nuestros grillos.

PACHECO. No importa. Lo que no pudo
de tantos nobles el brio,
hoy mas poderoso que ellos
lo alcanza un vano capricho.

VIVERO. Pero si el rey vuelve á verle
aun triunfará su cariño.
Sigamos todos sus huellas.

MENA. ¿Vos del de Luna enemigo?

VIVERO. Ministro del rey, jamas
su interés pospongo al mio.

MENA. ¿No aceptásteis del maestre
riquezas y altos destinos?

PACHECO. Y ¿no os repartia á todos
puestos, ciudades, castillos?
¿Para qué? Para ostentar
su omnímodo poderío.
Agradecedle esos dones,
dones que arrancó el inicuo
á nobles iguales vuestros
desterrados ó cautivos.

PLASENCIA. Y ¿quién de ese vil tirano
ofensas no ha recibido?

SANTILLANA. En la corte, en los combates,

siempre contrario me ha visto.

CASTRO. Y yo de antiguos agravios
aun tengo el recuerdo vivo.

PACHECO. Marchemos, y sin descanso
procuremos su esterminio.

TODOS. Marchemos, sí.

(*Hacen todos ademan de marchar; pero se detienen viendo venir á don Alvaro por el fondo con escolta.*)

VIVERO. Mas ¿no es él?

SANTILLANA. Él es.

CASTRO. Se acerca á este sitio.

VIVERO. Le siguen los ballesteros.

PACHECO. ¿Cuál podrá ser su designio?

ESCENA XIII.

DICHOS. DON ALVARO. BALLESTEROS.

(*Los ballesteros que acompañan á don Alvaro se quedan en el fondo. El condestable se adelanta despacio y con aspecto sombrío por entre los nobles que atónitos le abren paso.*)

ALVARO. ¿Qué es esto, pues, caballeros?
¿Qué os altera?.... ¿Por qué miro
en vuestros ojos inquietos
tal turbacion?.... Suspendido
¿por qué las fiestas habeis?
¿Es miedo?.... ¿es furor?.... Decidlo.
Decidlo vos, el de Castro,
que en tierra los ojos fijos,
cual si mirarme no osárais,
humilde estais y sumiso.
Decidlo, Plasencia, vos,
que con rostro enfurecido,
sacais del pecho al semblante
los deseos vengativos.
Y vos, marques, ¿no direis
por qué ufano, envanecido,
ese aspecto vencedor
tomais ahora conmigo?

PACHECO. Y decidme vos primero:
¿dónde está el rey? ¿por qué el brillo
no aumentan de estos festejos
sus resplandores divinos?
¿Por qué, presuroso, en fin,
se aleja de este recinto?

ALVARO. ¿Queréislo saber, marques?
¡Triste de vos si os lo digo!

PACHECO. No es tiempo ya de amenazas.

ALVARO. Temblad, don Juan, os repito.

PACHECO. No disimuleis. Su alteza
huye de vos.

ALVARO. ¿Quién lo ha dicho?

PACHECO. Vuestro orgullo, que insolente
su dignidad ha ofendido.

SANTILLANA. Esa pompa que á la suya
quereis igualar altivo.

PLASENCIA. Tantos años de opresion
bajo un pérfido ministro.

ALVARO. No huye sino de traidores
que alcanzarán su castigo:
traidores que cuando aqui
con amistad los recibo,
en negras ocultas tramas
me asestan pérfidos tiros,
intentando convertir
en llanto estos regocijos.
Pues bien, se convertirán,
puesto que lo habeis querido;
y el águila que aqui os daba
bajo sus alas abrigo,
os va, sus garras abriendo,
á despedazar, inicuos.

PACHECO. ¡Cómo!....

ALVARO. Marques de Villena,
daos á prision ahora mismo.

PACHECO. ¿Yo?

ALVARO. Sí, vos.

PACHECO. Y ¿quién lo manda?

ALVARO. Yo, que basto á confundiros.
Guardias.

PACHECO. Antes con mi acero....
PLASENCIA. Aqui todos en tu auxilio
estamos, don Juan.
(*Hacen ademan de echar mano á la espada.*)
ALVARO. Teneos;
y respetad este escrito.
(*Muestra un pliego.*)
PACHECO. ¿Qué escrito?
ALVARO. La orden del rey.
Miradla bien.... ¿La habeis visto?
PACHECO. ¡Cielos!
ALVARO. ¿Conocéisla?
PACHECO. Sí.
ALVARO. Y ¿quién será el atrevido
que este sacrosanto sello
se niegue á acatar sumiso?
PACHECO. Nadie; que es mucha su fuerza.
ALVARO. Y aun no tanta necesito:
para humillaros á todos
me sobran sin ella brios.
Qué, ¿tan pronto quien yo soy
pudisteis dar al olvido?
¿No bastan los rudos golpes
que os diera mi acero invicto,
que aun quereis mas escarmientos,
aun provocais mas castigos?
¿No os acordais ya de Olmedo,
donde en combate reñido,
postrados ante mis plantas
ví á mis fieros enemigos;
y allí poniendo los pies
en sus cuellos abatidos,
alcéme en los hombros suyos
donde tan alto me miro,
que entre los reyes y yo
distancia apenas distingo?
Pues sabed que este poder
á tanta costa adquirido,
no pienso, no, resignarlo:
treinta años de afan continuo,
de sobresaltos, de guerras,

este poder me han valido;
y lo que tan caro cuesta
ninguno lo cede vivo.
¿Pensábais desde la cumbre
precipitarme al abismo?
¿Habeis querido perderme?
¡Torpe afan, vano designio!
Cual la roca de las olas
de vuestro furor me rio;
y mientras siempre mas firme
vuestros esfuerzos resisto,
soy cual sol resplandeciente
cuyo irresistible brillo
las nubes que me hacen sombra
solo al mostrarme disipo.
Acatad, pues, este sol
que hoy se levanta mas vivo,
y ante su lumbre esplendente
bajad los ojos altivos.
Bajadlos, ceded, postraos,
caed á mis pies sumisos;
y allí adorad al que rige
de Castilla los destinos.

PACHECO. ¡Ah! ¡pesia mi negra estrella!

SANTILLANA. ¡Oh baldon! Nuestro suplicio
decretad luego.

ALVARO. A vosotros,
me basta el veros rendidos;
y en prueba de que no os temo,
os perdono compasivo.
Pero vos, Pacheco, ireis
de san Gormaz al castillo.
Marchad luego.—Su custodia
á vos, Vivero, os confio.

PACHECO. Triunfais, condestable, ahora;
mas todavia respiro.

ALVARO. Cuidad; que á mas de prisiones,
Villena, hay tambien cuchillos.

ACTO TERCERO.

El teatro representa una galeria ó parte de corredor que da la vuelta al patio grande de un castillo. Por los arcos de esta galeria se ve lo restante del patio, y en el fondo una de las torres que debe ser practicable, alcanzándose tambien á ver parte del cielo. A los dos lados del proscenio habrá igualmente otras torres. La de la derecha del actor tiene una puerta pequeña que se supone dar á un pasadizo ó escalera estrecha que conduce al pie de la misma torre. La de la izquierda tiene una gran puerta gótica que conduce á habitaciones interiores. Mas allá de estas torres hasta la barandilla del corredor, el paso está espedito, de suerte que se puede recorrer libremente toda la galeria é ir por ella á las demas partes del edificio. Es de noche, y la escena está alumbrada por una lámpara que cuelga del techo.

ESCENA PRIMERA.

PACHECO. VIVERO.

(*Vivero sale con precaucion: va á la puerta de la derecha: da tres palmadas: responden con otras tres dentro. La puerta se abre y sale por ella Pacheco.*)

VIVERO. Entrad, don Juan, no temais.
PACHECO. ¿Estamos solos?
VIVERO. Sí, solos.
PACHECO. ¿Dónde estoy?
VIVERO. La galeria
es esta que corre en torno
del gran patio: las dos torres
que á Burgos causan asombro

mirad allí.... Aquella puerta
de los moriscos adornos
es la estancia del maestre.
La de Elvira allá en el fondo.

PACHECO. ¿Luego deberán pasar
por este sitio?

VIVERO. Es forzoso.

PACHECO. ¿Decís que por esta puerta
(*Señalando la de la derecha.*)
nadie entrará?

VIVERO. Ningun otro,
sino yo, su llave tiene;
que desde tiempos remotos
nadie ese paso frecuenta.

PACHECO. (*Señalando la puerta de la izquierda.*)
¿Qué es aquello?

VIVERO. El oratorio.

PACHECO. ¿Y allí se han de celebrar
sin duda esos desposorios?

VIVERO. El sol de ocultar acaba
en el mar sus rayos rojos;
y la santa ceremonia
se celebrará muy pronto.
Elvira á cumplir ha ido
sus deberes religiosos,
y cuando vuelva....

PACHECO. Vivero,
no volverá.

VIVERO. ¿No?.... ¿Pues cómo?....

PACHECO. Dispuesta mi gente está
en el camino, y ya....

VIVERO. ¡Un robo!

PACHECO. Estoy á todo resuelto;
Sí, Perez Vivero, á todo.
Pues debo á vuestra amistad,
y aun mas al poder del oro,
el haber de mi prision
las herradas puertas roto,
yo os juro que he de lograr
mis vengativos enojos.
De sangre del condestable

tengo sed; mas esto es poco,
y antes le quiero robar
su mas preciado tesoro.
Quiero vengarme tambien
de ese envanecido mozo
que ha osado poner su amor
donde yo puse los ojos.
Goza, Destúñiga, aprisa
de tu triunfo: será corto;
que ya está aqui el de Villena
para servirte de estorbo,
y en lágrimas muy en breve
se convertirán tus gozos.

VIVERO. Gente viene.... El condestable.
Marchad, ocultaos pronto.
(*Vase Villena y cierra la puerta.*)

ESCENA II.

DON ALVARO. VIVERO.

VIVERO. ¿Que, en fin, señor, decidido
estais á admitir por yerno
á un Plasencia?

ALVARO. Perez, sí;
porque si al padre aborrezco,
brillan prendas en el hijo
de cumplido caballero.
Mi Elvira, mi amada Elvira,
por él arde en dulce fuego,
y á su rogar, á su llanto,
Perez, resistir no puedo.
Su dulce voz me conmueve,
me vence; y el duro pecho
es blanda cera con ella,
bronce para todos siendo.
Demas que al amor de padre
se une mi interés en esto.
Hoy mi privanza vacila,
bien lo conozco, Vivero,
y apuntalar es preciso

torre que se está cayendo.
Logrando de esa familia
el apoyo, nada temo;
que si ausente el padre, ignora
el proyectado himeneo,
lo que hora no consintiera,
habrá de aprobarlo hecho.
Por lo mismo es importante
en este asunto el secreto.
Yo no sé; pero me acometen
tan tristes presentimientos,
que en vano del corazon
á desterrarlos me esfuerzo.
Ese Villena.... Su fuga
me tiene afanoso, inquieto,
y á guardarme de sus artes
dias ha que solo atiendo.
¿Cómo se pudo escapar?....
¿Quién osó romper sus hierros?
¡Ah! tiemble, si le descubro,
de mi furor el perverso.

VIVERO. Sin duda el marques, señor,
huyendo en estraños reinos....

ALVARO. No lo creas: le conozco.
No estará, Perez, muy lejos;
y acaso en el mismo Burgos....
Mas no hablemos mas en eso.
Pensemos solo en la dicha
de Elvira.... Testigo os ruego
que en esta boda seais.

VIVERO. Serviros tan solo anhelo.
Mas permitid que de aqui
me aleje breves momentos.
Graves negocios me llaman.

ALVARO. Id, pues; pero volved presto;
que ya Destúñiga llega,
y es impaciente el deseo
del que de su ardiente amor
aguarda el ansiado premio.

(*Vase Vivero*)

ESCENA III.

DON ALVARO. DESTÚÑIGA.

DESTÚÑIGA. Dadme los brazos, señor.
ALVARO. Gustoso os recibo en ellos;
que es gloria al pecho estrechar
[illegible]r de los caballeros.
[illegible]e, galan y valiente
siempre, Destúñiga, os veo
el primero en los combates,
en las justas el mas diestro.
Honor dareis á mi casa;
y ya os miro con el tiempo,
á par que de mis estados,
de mi poder heredero.
DESTÚÑIGA. Tan solo ambiciono ser
de la hermosa Elvira dueño.
Mas ¿dónde está?
ALVARO. Fue á la iglesia;
y ya no puede.... ¿Qué es esto?
(*Oyese ruido dentro.*)
¿Qué ruido?.... ¿Por qué mis gentes
precipitadas corriendo?

ESCENA IV.

DICHOS. UN ESCUDERO. CRIADOS.

ESCUDERO. ¡Señor!
ALVARO. ¿Qué es eso?
ESCUDERO. ¡Oh maldad!
DESTÚÑIGA. ¿Qué ha sucedido?
ESCUDERO. ¡Perversos!
ALVARO. Hablad.
ESCUDERO. Doña Elvira....
ALVARO. ¿Y bien?
ESCUDERO. ¿Cómo decir?....
ALVARO. Acabemos.
DESTÚÑIGA. ¿Alguna desgracia, acaso?

ESCUDERO. Ha sido robada.
DESTÚÑIGA. ¡Cielos!
ALVARO. Guzman, ved lo que decis.
ESCUDERO. ¡Ah! Señor, es harto cierto.
Veníamos de la iglesia;
y de este sitio no lejos,
seis hombres con antifaces,
desnudando los aceros,
se arrojan sobre nosotros.
Defenderme en vano intento,
que la espada sirve mal
el valor de un pobre viejo.
Aquella débil escolta
de dueñas y de escuderos
pronto se vió dispersada;
y los agresores, dueños
de doña Elvira, á pesar
de sus gritos y mi esfuerzo,
se alejan; que favorece
la noche su vil proyecto.
ALVARO. ¡Horrible maldad!
DESTÚÑIGA. ¡Oh rabia!
Corramos luego tras ellos.
(*Vase precipitadamente.*)
ALVARO. Rivadeneira, Chacon,
vosotros todos, id presto;
id á buscarla.... Llevad
gentes, armas.... Id: no hay tiempo
que perder.... Recorred toda
la ciudad.... Los mas secretos
parajes reconoced:
no omitais de hallarla medio.
Al que volvérmela logre,
mi mejor villa le ofrezco.
(*Vanse todos los criados.*)

ESCENA V.

DON ALVARO, *solo.*

Hija mia, mi tesoro,

mi dulce amor, mi embeleso,
¡tú arrebatada á tu padre!
¡Tú robada!.... ¡Ah! Pierdo el seso.
Cielo, ¿para qué me diste
grandezas, bienes sin cuento,
si á mi vejez preparabas
tan crudo golpe funesto?
Llévate todos tus dones,
que solo á mi Elvira quiero.
No puedo mas.... Aguardar
es insufrible tormento.
Voy yo mismo.... Sí, corramos;
que aunque contemple mi duelo
toda Burgos, nada importa:
soy padre: mi hija es primero.

ESCENA VI.

DON ALVARO. PACHECO.

PACHECO. Condestable.
ALVARO. ¿Quién me llama?
PACHECO. ¿No me conoce el de Luna?
ALVARO. ¡Villena! ¡Oh negra fortuna!
¡Infame y horrible trama!
¿Quién te ha conducido aquí?
¿Quién pudo?....
PACHECO. ¿Quién? Mi valor.
ALVARO. Y ¿qué me quieres, traidor?
PACHECO. ¿Puedes ignorarlo, dí?
Odio, furor y venganza
respira mi corazon;
¿cuál puede ser mi intencion?
Responde, ¿cuál mi esperanza?
ALVARO. El sitio elegiste mal;
que estás, Villena, en mi casa.
PACHECO. Á quien ira ciega abrasa
todo sitio le es igual.
Demas que solo te encuentro:
fuera tus gentes estan;
y á mi voz acudirán

los que he dejado allí dentro.

ALVARO. Digna hazaña de un malvado:
asesinar á traicion.

PACHECO. Hicíeralo con razon;
mas desecha ese cuidado.
Hidalgo soy: sin bajeza
sé vengarme, aunque ofendido;
que en mi venganza no olvido
lo que debo á mi nobleza.
Cuerpo á cuerpo solo quiero
mi rencor satisfacer;
pues traicion no he menester
donde me basta mi acero.

ALVARO. Y ¿osas de honor blasonar
cuando á mi hija me robaste?
Porque tú has sido.

PACHECO. Acertaste;
por mí se ha visto arrancar
de tu lado.... Elvira es mia,
la prometiste á mi amor:
¿creias que, sin valor,
quitármela dejaria?
Cual tu perfidia merece
en estos momentos obro,
y adonde quiera recobro
un bien que me pertenece.

ALVARO. ¡Perverso! Y ¿en tu furor
á un padre osaste afligir?
¿No me podias herir
sin causarme este dolor?

PACHECO. Y tu vida por ventura
¿es bastante á mi venganza?
El que pérfido me lanza
en una prision oscura,
el que ardiendo en rabia ciega
ante una corte me humilla,
el que de toda Castilla
á ser ludibrio me entrega,
¿podrá muriendo pagarme?
No: le quiero ver sufrir,
verter lágrimas, gemir;

quiero en su dolor gozarme.

ALVARO. Goza, pues, en mi quebranto;
gózate, bárbaro, en él;
que porque seas crüel,
no he de sofocar mi llanto.
Soy padre; y harto con esto
le digo á tu corazon:
ten piedad; que no es razon
darme este golpe funesto.
Ya se humilla mi altivez:
¿qué mas me pide tu anhelo?
No me quites el consuelo
que me queda en mi vejez.
Vuélveme á mi Elvira, sí:
es mi embeleso, mi vida;
recobre á mi hija perdida,
y haz cuanto quieras de mí.
Mis riquezas te daré,
y el puesto que tanto anhelas;
y si mi vista recelas,
á un destierro marcharé;
y en fin, por única suerte,
déjame verla, abrazarla,
contra este pecho estrecharla,
y dame despues la muerte.

PACHECO. ¡Qué mal juzgaba de tí!
Con mas valor te creia:
lástima dame, á fé mia,
el verte abatido así.
¡Vos, cuyo escelso poder
aun á los reyes humilla,
condestable de Castilla,
llorais cómo una muger!
¡Vano ardid, torpe flaqueza!
Para ablandarme ya es tarde:
solo me inspira, cobarde,
desprecio tanta vileza.

ALVARO. Pues bien, desnuda el acero,
acércate, fementido:
si como padre he cumplido,
como quien soy cumplir quiero.

PACHECO. Eso quiero yo tambien.
Llegó tu postrer instante.
ALVARO. Con ese tono arrogante
no me infundes miedo: ven;
que sed de tu sangre tengo.
(*Saca la espada.*)
PACHECO. Beber de la tuya juro.
ALVARO. Tu triunfo no está seguro.
PACHECO. Veremos. (*Riñen.*)
ALVARO. Aún sostengo
la espada con brazo fuerte.
PACHECO. Tienes destreza.
ALVARO. Y valor.
(*Estando riñendo se le cae á Pacheco la escarcela al suelo.*)
PACHECO. A pesar de tu furor
espero darte la muerte.
ALVARO. ¿Piensas que con la vejez
perdí mi antigua pujanza?
Te engañas; que aún alcanza
á humillar esa altivez.
(*Pacheco herido en la mano deja caer la espada.*)
PACHECO. Herido estoy: ¡suerte fiera!
ALVARO. Tomad otra vez la espada.
PACHECO. No puedo; que traspasada
mi mano.....
ALVARO. Tomad: ¿qué espera
vuestra arrogancia? Os advierto
vuestra vida defendais;
que he resuelto no salgais
de este sitio sino muerto.
PACHECO. ¡Ah! ¡Mal haya mi fortuna!
(*Quiere coger la espada y se le cae otra vez.*)
¡Oh rabia! Tener no puede
mi brazo....
ALVARO. Todo aqui cede
á don Avaro de Luna.
Muere, pues.
(*Va á herirle, cuando se oye dentro la voz de Elvira. Don Alvaro al punto se detiene, deja á Pacheco y corre en busca de su hija.*)

ELVIRA. (*Dentro.*) ¡Padre!
ALVARO. ¡Qué acento!
ELVIRA. ¡Padre!
ALVARO. ¡Es su voz!.... ¡Vedla allí!
¡Mi Elvira!
PACHECO. Huyamos de aquí:
no perdamos un momento.
(*Huye por la puerta pequeña que deja cerrada.*)

ESCENA VII.

DON ALVARO. DESTÚÑIGA. ELVIRA. RIVADENEIRA. CRIADOS.

(*Vuelve don Alvaro abrazando á Elvira. Les siguen muchos criados con armas y luces.*)

ELVIRA. ¡Padre mio!
ALVARO. Hija querida,
mi dulce hechizo, mi bien,
¿con que te recobro? Ven
contra este pecho, mi vida.
ELVIRA. ¿Es verdad que os vuelvo á ver,
que os abrazo, padre amado?
ALVARO. Pero, ¿quién te ha libertado?
¿quién pudo?.... ¿Quién ha de ser?
Si aqui Destúñiga está,
¿cómo preguntarlo puedo?
¡Cuán agradecido quedo
á su valor!
DESTÚÑIGA. ¡Ah! Quizá
fuera inútil mi ardimiento;
que lejos ya los malvados,
con las sombras amparados
lográran su torpe intento.
Pero de Elvira á las voces
gentes acuden.... Do quiera
los viles en su carrera
se ven cortados. Veloces
llegamos.... Solo al mirarme
huyen, y á mi bien liberto.

ALVARO. ¡Cara Elvira! ¿Con que es cierto
que un pérfido arrebatarme
quiso tal tesoro? ¡Infame!—
Mas me olvidaba.... ¿Dó está?
¿Dónde se ha ocultado ya?
Dejad, dejad que derrame
su sangre vil.

ELVIRA. ¿Qué decís?

DESTÚÑIGA. ¿Qué delirio os enagena?

ALVARO. Aqui estaba?

DESTÚÑIGA. ¿Quién?

ALVARO. Villena

DEST. ELV. ¡Villena!

ALVARO. Sí, ¿no lo oís?
¿Le habeis dejado escapar?
¡Ah! Por aqui se ha marchado.
¡Maldicion! Está cerrado.
Esa puerta derribar
es fuerza.

DESTÚÑIGA. Mas....

ALVARO. Al momento.
¿Que huyó por ella no os digo?
Corred.... Horrible castigo
dar á su maldad intento.

(*Los criados de don Alvaro echan la puerta abajo y vanse por ella.*)

DESTÚÑIGA. Pero, señor....

ALVARO. ¿Quién le pudo,
quién, introducir así?
Alguno me vende aqui,
alguno, sí, no lo dudo.

ELVIRA. ¿Decís que Villena ha entrado?

ALVARO. Aqui al traidor encontré;
aqui con él batallé,
y muerte le hubiera dado;
mas llegaste y se salvó.

ELVIRA. Dejadle; y solo pensad
en nuestra felicidad.
¿La habeis olvidado?

ALVARO. No;
que preparado el altar,

el santo yugo os espera;
mas de esta angustia tan fiera
necesito descansar.
Id, hijos mios, y en tanto
que se cumple vuestro anhelo,
vuestras plegarias al cielo
se eleven con fervor santo.
Al Dios que te ha libertado
dirije, Elvira, tu ruego....
Dejadme solo; que luego
yo marcharé á vuestro lado.
(*Vanse Destúñiga y Elvira.*)

ESCENA VIII.

DON ALVARO. RIVADENEIRA. CRIADOS.

(*Vuelven Rivadeneira y criados.*)

ALVARO. Y bien, ¿no le habeis hallado?
RIVADEN. Chacon siguiéndole va;
pero, señor, será en vano,
que es mucha la oscuridad.
ALVARO. ¡Mal haya vuestra torpeza!
¡Que asi se logre escapar!
RIVADEN. Señor....
ALVARO. Marchaos de aquí;
mas esa espada os llevad,
que puede servir de prueba....
RIVADEN. Tambien en el suelo está
una escarcela.
(*Recogiendo la escarcela que se le cayó á Pacheco.*)
ALVARO. Traed.
Es suya.... Aqui se hallarán
tal vez algunos papeles....
Sí.... con efecto.... Acercad
una luz.—
(*Abre la escarcela y saca varias cartas, cuyas firmas va leyendo.*)

Conde de Castro....
¡Traidor!.... Me la pagará....
Plasencia.... Mendoza.... el de Alba....
todos, todos.... ¿Qué dirán?
Luego lo veré.... Mas ¡cielos!
¡Vivero!.... ¿Será verdad?
¡Vivero!.... Su letra es esta,
su firma.... no hay que dudar.
¡Infame!.... Pero tal vez
indiferente.... No tal,
no; que cada línea aqui
prueba en él una maldad.
¡Oh traicion!.... Y ¡yo abrigaba
esa serpiente infernal
en mi pecho!.... ¡El premio es éste
que le daba á mi amistad!
Ya todo está descubierto:
por él consiguió don Juan
romper su estrecha prision,
por él aqui penetrar,
y él tambien de mi hija amada
dispuso el rapto quizás.
Pues yo le juro al traidor,
al infame, al desleal,
que ha de pagar con su vida
su pérfida iniquidad.

ESCENA IX.

DICHOS. VIVERO.

VIVERO. ¡Ah! ¿Qué he sabido, señor?
¿Será cierto?.... ¡Qué maldad!
¿A vuestra adorada hija
han intentado robar?
ALVARO. Sí, Vivero.
VIVERO. ¡Horrible crimen!
ALVARO. Muy horrible, ¿no es verdad?
VIVERO. Y ¿quién ha osado?....
ALVARO. Lo ignoro.

Tampoco Perez sabrá....

VIVERO. ¡Ah! Si lo supiera....

ALVARO. ¿Y bien?
¿Qué hariais?

VIVERO. ¿Lo dudais?
En el pecho del traidor
yo clavára este puñal.

ALVARO. Muy bien, Vivero; que sois
mi amigo en eso mostrais.
Tampoco sabreis, supongo,
cómo pudo penetrar
no hace mucho en este sitio....

VIVERO. ¿Quién, señor?

ALVARO. ¿Quién? Mi rival.

VIVERO. ¡Villena!

ALVARO. Villena, sí.
Tambien debéislo ignorar.

VIVERO. ¿Cómo he de saber?....

ALVARO. Ardiendo
en ira, quiso el audaz....

VIVERO. ¿Contra vuestra vida acaso?....

ALVARO. Sí, Vivero.

VIVERO. Y ¿quién salvar
os pudo?

ALVARO. Mi espada.

VIVERO. ¡Oh cielos!

ALVARO. ¿Os pesa?

VIVERO. ¿A mí? Me agraviais.
Mi afecto....

ALVARO. Sí, lo conozco:
es mucha vuestra lealtad.

VIVERO. Mis hechos todos la abonan.

ALVARO. ¿Quién de ella puede dudar?
Quereisme mucho.

VIVERO. Lo debo.

ALVARO. Me servís bien.

VIVERO. Es mi afan.

ALVARO. Detestais á los traidores.

VIVERO. Es obligacion.

ALVARO. Si dar
os mando castigo alguno....

VIVERO. Cumpliré como leal.
ALVARO. Pues ya podeis, buen Vivero,
vuestro celo desplegar.
VIVERO. ¿Cómo?
ALVARO. Que aqui mismo, aqui,
hay quien me vende falaz.
VIVERO. ¿Será posible?
ALVARO. Conozco
al traidor.
VIVERO. ¡Cielos!.... Quizás
os han engañado.
ALVARO. No:
tengo pruebas.... ¿No es verdad
que es una infamia?
VIVERO. Sin duda.
ALVARO. ¡Un hombre que por mi mal,
para colmarle de bienes
saqué de la oscuridad!
¡un ente vil que sin mí
hoy mendigára su pan,
y que á mi sombra ha subido
do osára apenas mirar!
¡Ese me vende!.... ¿No es cierto
que asombra tanta maldad?
VIVERO. Pero....
ALVARO. Vid: ¿qué castigo
le diérais vos?
VIVERO. Yo....
ALVARO. ¿Temblais?
VIVERO. Sí.... de horror.
ALVARO. ¿Quien es el vil
sin duda acertásteis ya?
VIVERO. ¿Yo?.... ¿Cómo?
ALVARO. ¿Quereis aün
que os muestre una prueba mas?
VIVERO. No.... no....
ALVARO. Leed esta carta.
¿Negareis esta señal?
VIVERO. ¡Oh Dios!
ALVARO. Mirad: ¿conoceis
la letra, la firma?.... Hablad.

hablad.... ¿Son vuestras?

VIVERO. ¡Señor!

ALVARO. Responded.... ¿Son vuestras?

VIVERO. ¡Ah!

(*Vivero cae confundido á los pies de don Alvaro.*)

ALVARO. ¡Traidor!.... ¿Con que mis favores
de esta manera pagais?
¡Me abrazábais; y era solo
para clavarme un puñal!
¡Como otro Bellido Dolfos
sabeis traiciones fraguar,
y al amigo, al bienhechor
vender con trama infa[illegible]l!
Vive Dios, que aunq[illegible]os hiciere
el corazon traspasar
con tantas heridas como
favores mios contais,
aun fuera poco el castigo;
que no es posible encontrar
suplicios, no, que se igualen
á tan negra iniquidad.
Pérfido, infame, no escondo
en tu pecho desleal
mi daga, porque no quiero
tan puro acero empañar.
Mas no por eso tu [illegible]men
sin castigo quedará.
Uno tal te he de imponer
que á todos ha de espantar,
y mis aleves contrarios
al saberlo temblarán.
¿Ves aquella torre, ves?
desde ella á pagarme vas
tu horrible traicion. Desde ella
precipitado....

VIVERO. ¡Piedad!

ALVARO. No, no hay piedad.... Al abismo
tu cuerpo vil bajará,
y partido en mil pedazos
le quiero alli contemplar.
Llevadle.

VIVERO. ¡Cielos! No.... no....
Vedme á vuestros pies.
ALVARO. Alzad.
VIVERO. Yo abrazo vuestras rodillas.
Perdon.
ALVARO. No.
VIVERO. Por la amistad
tan antigua.
ALVARO. Tú la has roto.
VIVERO. Por vuestra hija.
ALVARO. ¿Osarás
recordármela?.... Llevadle,
llevadle.... Lo dije ya.
VIVERO. No.... por Dios.... no.
ALVARO. Obedeced.
VIVERO. Dejadme.... no.... no....
ALVARO. Marchad.
(*Los criados de don Alvaro se apoderan de Vivero: este abrazando las rodillas del condestable y suplicando, se resiste; pero al fin se lo llevan á la fuerza.*)

ESCENA X.

DON ALVARO. DESTÚÑIGA. ELVIRA.

ALVARO. Vé, traidor, vé: cual mereces,
infame, perecerás.
(*Salen Destúñiga y Elvira.*)
ELVIRA. Señor, ¿qué gritos?
DESTÚÑIGA. ¿Acaso
un nuevo atentado?
ELVIRA. Hablad:
¿qué sucede?
ALVARO. Que á un traidor
he mandado castigar.
DESTÚÑIGA. ¿Quién es?
ALVARO. Vivero.
ELVIRA. ¡Vivero!
ALVARO. Hija mia, ¿lo creerás?

ACTO CUARTO.

El teatro representa un salon de palacio. Habrá una mesa con escribanía: al lado un magnífico sillon para el rey, y al rededor taburetes para los cortesanos. Candelabros con luces.

ESCENA PRIMERA.

EL REY. SANTILLANA. JUAN DE MENA. CASTRO Y OTROS CABALLEROS.

REY. Sentaos, señores; y en plática grata,
los duros afanes del dia olvidad:
dejando de Marte la furia insensata,
de amores y versos tan solo tratad;
que amor á las almas dió el cielo piadoso,
cual dulce consuelo de tanto dolor;
y versos inspira que en canto armonioso
la llama eternizan del fiel amador.

MEN. Mi musa de amores los dulces placeres,
los blandos hechizos no suele cantar;
que en vez de medrosas y flacas mugeres,
á fuertes varones pretende ensalzar.
En versos robustos, con trompa sonora,
las lides relata mi altiva cancion;
y asi retratando los males que llora,
les dicta á los reyes sublime leccion.

SAN. Yo fuerte en el campo, la espada blandiendo,
procuro mostrarme cual noble adalid;
mas luego sensible la lira tañendo,
aquel de ser dejo que fuera en la lid.
Postrado á las plantas de hermosa doncella,
sus prendas celebro, pretendo su amor;
y canto gozoso mis dichas con ella,

ó lloro en endechas su fiero rigor.

REY. Amor dulces trovas, marques, os inspira:
con gusto, sabéislo, las suelo escuchar:
si nuevos cantares feliz vuestra lira
en rimas sonoras hoy supo entonar,
decidlos, os ruego.

SAN. De amor he querido
en cántiga breve la voz definir;
mas fue vana empresa: dichoso no he sido.

REY. ¿Tenéisla?

SAN. Sí tengo.

REY. Pues quiérola oir.

SANT. (*Lee*) Falaguero sois amor;
Mas cómo seyendo ansí,
Cuando os afincais en mí
Causades tanto dolor?
Que en suerte tan desigual,
A mi fé,
Si vos llame un bien non sé,
O si un mal.

Vendados ojos habedes,
E os mostrades buen flechero:
¿Cómo, pues, ciego é certero
Vos á un tiempo ansí seyedes?
Será porque sin razon
Doloridas,
Non facen vuestras feridas
Distincion.

Niño sois, mas poderoso,
Seyendo tal vuestra alteza,
Que á todos face igualeza,
Al mezquíno é al brioso.
Ca todos á la cadena
Bien ligados,
Se quejan á vos cuitados
De su pena.

E yo tambien sin ventura,
En vos buscando placer,

Fallé solo padescer,
Cuita en lugar de folgura.
Non seyades de esa suerte
Tan esquivo:
El bien me dad por quien vivo,
O la muerte.

REY. Sentido es el verso: marques, me habeis dado
con esta lectura muy grato placer;
mas solo el concepto paréceme errado.

SAN. Señor, ¿por qué causa?

REY. Que se halla á mi ver
la culpa en el hombre del mal que padece.
¿Amor preferencia no quiere decir?
Mugeres diversas el mundo le ofrece:
¿por qué, pues, entre ellas no sabe elegir?

SAN. Amor preferencia decir quiere, es cierto;
mas siempre no elije para ella en verdad;
pues tiene el que elije voluntad advierto,
y no hay en quien ama jamas voluntad.

REY. ¿Quién, pues, se la roba?

SAN. Cupido la quita.

REY. ¿Robársela puede si Dios se la dió?

SAN. Será que en tal caso quitarla permita.

REY. ¿Pues diósela en vano?

SAN. Señor, eso no.

REY. Al dársela dijo que libre seria.

SAN. Voluntad sin eso no fuera jamas.

REY. ¿A un tiempo ser libre y esclavo podria?

SAN. Decir que no es dable será por demas.

REY. Pues bien, si el ser libre voluntad implica,
y el serlo y no serlo decis que es error,
que aquella subsiste mi argumento indica.

SAN. Fuerza es confesarlo: vencísteis, señor.

MEN. De ingenio su alteza do quiera hace alarde.

CAS. Castilla célebra su vasto saber.

REY. Ya basta, señores.... Mas ¿cómo tan tarde
el buen condestable se deja hora ver?
Tampoco Vivero se encuentra....
(*Ruido dentro de gentes.*)
¿Qué es esto?
¿Qué ruido?....

SAN. (*Mirando hácia dentro.*)
Gran golpe de gente....
REY. Mirad.
El alma me dice que un caso funesto....
SAN. A verlo corramos.
REY. Sí, pronto marchad.
(*Al quererse marchar varios caballeros, sale Pacheco precipitadamente.*)

ESCENA II.

DICHOS. PACHECO.

REY. ¿Qué veo? ¡Don Juan Pacheco!
SANTILLANA. ¡Aqui Villena!
REY. ¡Qué audacia!
PACHECO. ¿Qué os asombra? Sí, yo soy:
señor, vedme á vuestras plantas.
REY. Alzaos.... ¿Qué me quereis?
PACHECO. Justicia.
REY. Y ¿á provocarla
venis vos?
PACHECO. Sí, la provoco
cuando un crimen la reclama.
REY. ¡Un crimen!
PACHECO. ¡Crimen horrible,
que espanto el oirlo causa!
REY. ¡Cuál es!
PACHECO. Un criado vuestro
de lealtad acrisolada,
un ministro que os sirviera
por luengos años sin mancha,
Perez de Vivero, en fin....
REY. ¿Y bien?
PACHECO. De espirar acaba.
REY. ¡Ha muerto!
PACHECO. Sí, asesinado.
TODOS. ¡Asesinado!
REY. ¡Oh desgracia!
Y ¿quién ha sido?....
PACHECO. ¡Qué muerte!

¡Horrible, atroz!.... Recordarla
no puedo sin que la sangre
quede en mis venas helada.
Desde una elevada torre
le ha lanzado vil venganza,
y en su espantosa caida
el triste ha exhalado el alma.

TODOS. ¡Qué horror!

REY. No es posible, no.

PACHECO. ¿Quereis la prueba mas clara?
Miradle.

(*Le lleva hácia la puerta por donde ha entrado, fuera de la cual se supone estar el cadáver de Vivero.*)

REY. ¡Cielos! ¡Él es!
¡Su cadáver!.... ¡Ah! Me espanta
esa vista.... Es horrorosa.
De mis ojos apartadla.

SANTILLANA. ¡Oh maldad!

REY. ¡Triste Vivero!
De vengarte doy palabra.

PACHECO. ¿La cumplireis?

REY. Sí, lo juro.
Pero decid: ¿quién osára....

PACHECO. ¿Quién ha de ser? El que todo
en Castilla lo avasalla:
el que usurpando atrevido
la autoridad soberana,
hora señor absoluto
de vuestros reinos se acl[illegible]a:
el que envanecido y loco
con el poder que hoy alcanza,
las haciendas y las vidas
á su placer arrebata:
el condestable, señor.

REY. ¡Don Alvaro! ¡Infame trama!
Me engañais.

PACHECO. Señ[illegible], lo juro.
Cerca de su albergue estaba,
cuando gritos espantosos
del aire turban la calma.

Alzo los ojos, y al brillo
de la luz que arroja escasa
la luna que de entre negras
nubes entonces se escapa,
miro al infeliz Vivero
que allá en las almenas altas
entre bárbaros sayones
desesperado batalla.
¡Vanos esfuerzos! Los viles
á su víctima levantan
con fuertes brazos, y al hondo
abismo airados le lanzan.
¡Ay! casi vino á caer
el infeliz á mis plantas.

REY. ¡Crimen atroz!.... Mas no es cierto:
no cabe, no, maldad tanta
en don Alvaro.... ¿Su amigo
no era Vivero?.... ¿Qué causa?....

SANTILLANA. No hay amistad en el pecho
que la negra envidia abrasa.
Vivero fiel os servia,
para perderle eso basta.
¿No habeis visto al condestable,
en su funesta privanza,
de vos constante apartar
á cuantos justa la fama
por su lealtad y valor
entre los buenos ensalza?
¿Hay un rico-hombre por dicha
que su furor no probára?
¡Cuántos en prisiones gimen!
¡Cuántos dieron su garganta
á infame verdugo! y ¡cuántos
en tierra estrangera vagan!
Pues ¿cómo dudar podeis
que á ese infeliz hoy matára?

PACHECO. No hay duda: á jurarlo vuelvo.
yo presencié su desgracia;
y otros ciento á par conmigo
la presenciaron.... Recaiga
sobre el infame asesino

tanta sangre derramada.
¡Ah! Señor, ¿á qué aguardais?
Mil y mil víctimas alzan
hácia vos desde la tumba
su voz pidiendo venganza.
¿Sereis sordo á sus clamores?
¿Podreis mas tiempo negarla?
¿O esperareis para hacer
justicia á que todos caigan,
y de nosotros no quede
ni aun memoria?.... Las miradas
volved de nuevo, volved,
á ese infeliz.... ¿Veis su infausta,
su horrible suerte?.... Pues bien,
esa misma nos aguarda.
Asi nos vereis á todos,
á todos.... ¡Oh negra infamia!
¡Oh torpe baldon!.... Si está
nuestra muerte decretada,
aqui mismo en nuestros cuellos
caiga del verdugo el hacha,
Corra nuestra sangre toda,
mas siendo vos quien lo manda.

REY. ¡Ah! Callad; que con mil tiros
me estais traspasando el alma.

PACHECO. Nobles somos, nuestras vidas
queremos perder sin mancha;
y si es preciso morir,
muramos por el monarca.
¡Por el monarca! ¿qué digo?
¿Adónde en Castilla se halla?
¿Hay rey en Castilla? No,
no le hay.

REY. ¡Marques!

PACHECO. Me arrebata
el dolor.... ¡Ah! Perdonadme:
un fiel vasallo es quien habla,
y acaso le hace atrevido
la lealtad que el pecho abrasa.
Monarca tiene Castilla,
es verdad, de eterna fama,

grande, noble, generoso,
que todos por sabio ensalzan;
mas al amor de sus pueblos
hoy un pérfido le arranca.
En vano os buscan, señor:
do quier sus pasos ataja
la mano osada y funesta
que de ellos constante os guarda.
Cual nube que oculta el sol
don Alvaro se adelanta,
y vuestros rayos divinos
de quien los contempla aparta.
¿Qué mucho que con envidia
haga guerra á quien le iguala,
si aun siendo vos su señor,
vuestras glorias soberanas
le ofenden, y al mismo trono
lleva atrevido su planta?
¿Os buscan? Solo á él se encuentra.
Él solo acude si os llaman.
Mandais, y nadie obedece
si él á la par no lo manda;
y mientras todo en el reino
su cólera lo anonada,
vuestras divinas bondades
á nadie, señor, alcanzan.
Para ser rey, la corona
ya solamente le falta;
y ¿quién sabe si ambicioso
se propone arrebatarla?

REY. ¡Arrebatarla! Primero
su muerte....

PACHECO. Si aun mucho tarda,
no será tiempo.... Miradle,
miradle desde la infancia
unido á la suerte vuestra
como maléfica planta
que sembrára el mismo infierno
para ahogaros con sus ramas.
Si libre vivir quereis,
necesitais arrancarla.

Señor, destruid al mónstruo
que contino os amenaza:
ved que si hoy no le matais,
él os matará mañana.

REY. ¡Ah! Cesad.... No digais mas;
que mil temores asaltan
mi corazon, y.... Dejadme,
salid.

PACHECO. Pero, señor....

REY. Basta.
Salid os digo.... Haré cuanto
hoy mi dignidad reclama.

ESCENA III.

EL REY, *solo.*

«Ved que si hoy no le matais,
él os matará mañana.»
Estas palabras aqui
se me han quedado enclavadas,
y siento que el corazon
se estremece al recordarlas.
¿Será cierto que el maestre?....
No, no cabe tal infamia
en quien tantos años dió
de lealtad pruebas claras.
¡De lealtad!.... Y ¿es leal
el que en su ambicion insana
un tiránico poder
de su rey á espensas labra,
y hace que brille el vasallo
despareciendo el monarca?
No lo es, no; que es traidor.
¡Traidor!.... Y ¿por qué?.... Si hoy alza
su frente tan orgullosa;
si sus riquezas son tantas;
si á par de su rey, en fin,
mis reinos todos le acatan,
¿quién lo quiso? ¿No eres tú,
débil don Juan?.... ¿No arrojabas

ha poco sobre su frente
con profusion insensata
puestos, títulos, honores,
como en los surcos que traza
el rústico labrador
los granos de trigo lanza?
Pues ¿por qué al ver el coloso
que tú formaste te espantas?
¿Te asombras de su poder?
¿Lo temes?.... ¡Alma apocada!
Ese poder ¿no es el tuyo?
¿No es tu sombra? ¿No reparas
que si es para los demas
mucho, para tí no es nada;
y que esa torre orgullosa
que tan alto se levanta,
semejante á los castillos
que forma el niño con cartas,
solo á un leve soplo tuyo
al punto se desbarata?
Pues si eso sabes, ¿por qué?....
¡Ah! Bien sé que es sombra vana;
pero esa sombra ni un punto
del lado mio se aparta.
Diez lustros ha que me sigue,
que me acosa, me avasalla,
y sin poder resistirlo,
tiemblo tan solo al mirarla;
que para mi mal un genio
fascinador la acompaña.
Y qué, ¿siempre he de sufrir
de un vasallo la arrogancia?
¿Será que el rey obedezca
mientras el súbdito manda?
No: me es fuerza ya salir
de esta esclavitud tan larga,
tan vergonzosa.... Me ofende,
me es insufrible, me cansa.
Mostremos por fin al mundo
que sé obrar como monarca:
fulmine el rayo mi mano,

y el privado infame caiga....
(*Toma una pluma.*)
¿Qué voy á hacer? ¡A mi amigo,
mi compañero de infancia;
al que de riesgos sin fin
valeroso me salvára;
al que sostuvo el decoro
de mi trono en lides tantas!....
No, que fuera ingratitud;
(*Arroja la pluma.*)
no consiento en mí tal mancha.
Vive, vive, condestable....
Mas ¡ay! ¡qué recuerdo! ¡Oh rabia!
La sombra allí de Vivero
se presenta destrozada,
deshecho el rostro, sangriento,
rotos los miembros.... Venganza....
venganza pide.... ¡Infeliz!
Sí, la tendrás.... Juré darla:
lo cumpliré; que es justicia,
no ingratitud.—Ola, guardias.
(*Sale un oficial de la guardia.*)

OFICIAL. Señor.

REY. ¿Se encuentra Destúñiga
ahí?

OFICIAL. De llegar acaba.

REY. Pues decidle que entre al punto.
(*Vase el oficial.*)
Vamos, valor.
(*Se sienta y escribe.*)

ESCENA IV.

EL REY. DESTÚÑIGA.

DESTÚÑIGA. ¿Qué me manda
vuestra alteza?

REY. En este pliego
os doy órdenes: sin falta
han de quedar esta noche,
Destúñiga, ejecutadas;

ó de ellas responderá
vuestra cabeza mañana.
(*Le da un papel y vase.*)

ESCENA V.

DESTÚÑIGA, *solo.*

¡Oh cielos! ¿Qué será? ¿Por qué mi mano
se estremece al tomar?.... Como una losa
pesa este pliego.... ¡Santo Dios!.... Parece
que funesto ha de ser lo que me imponga.
Airado el rey me habló, y en el semblante
ví vagar del furor las negras sombras.
Mas ¿para qué me canso? El pliego tengo,
él me debe sacar de esta zozobra.
(*Lee.*) «*Don Alvaro Destúñiga, mi alguacil mayor: yo os mando que prendais el cuerpo á don Alvaro de Luna, maestre de Santiago, y si se defendiese, que le mateis.=Yo el rey.*» (1)
¿Qué es esto?.... ¿Qué he leido?... ¿Será cierto?
Sí.... no hay duda.... lo es.... ¡Orden odiosa!
Y ¿á quién la dan?... ¡A mí!.... ¡Cuando mi suerte
de unir acabo á la de Elvira ahora!
Y ¡yo á su padre he de prender!... ¡Ah! Nunca:
fuera aleve traicion, fuera deshonra.
Pero lo manda el rey: cual fiel vasallo
obedecerle debo.... Y ¿qué me importa?
Si aqui negra traicion sus redes tiende,
me ordena el cielo que leal las rompa,
en trance tan fatal salvando á un tiempo
la vida al uno, al otro la corona.
Sí, corramos.... Es fuerza al condestable
su peligro advertir antes que pongan
obstáculo á su marcha.... Voy.... ¡Oh cielos!
Él es.... No es tiempo ya.

---

(1) Histórico.

ESCENA VI.

DESTÚÑIGA. DON ALVARO.

ALV. ¿Por qué tan solas
estas salas encuentro? ¿Cuál motivo
puede hacer que de mí todos se escondan?
Destúñiga, decid.
DES. Huid, maestre.
ALV. ¡Huir!
DES. Huid, os digo.
ALV. ¿Yo?
DES. Ni un hora
esteis en Burgos ya.
ALV. Mas ¿qué misterio?....
DES. Si un punto os deteneis, temblad.
ALV. Me asombra
ese lenguaje en vos.
DES. ¿No habeis oido?
¿A qué aguardais? Huid.... Con fuga pronta
de mí mismo os librad.
ALV. ¡De vos! ¿Acaso
puedo temer de vos?
DES. Sí, mas que todas
evitad mi presencia.
ALV. Ya me cansa....
Esplicaos por fin.
DES. ¡Ah! Que mi boca
no acierta....
ALV. Hablad, hablad... De aqui no salgo
si vos antes....
DES. Pues bien, vuestra persona
me mandá el rey prender.
ALV. ¿A mí?
DES. Hora mismo.
ALV. ¡Ah! No es posible.... Delirais.
DES. Tan loca
confianza desechad.... Ved este pliego.
ALV. ¿Qué miro?.... No.... Mi vista se equivoca.
Leamos otra vez.... Sí.... sí.... no hay duda.

¡Cielos! ¿Con que es verdad?
(*Se deja caer abatido en un sillon.*)

DES. Todos ignoran
tan terrible mandato.... Yo tan solo....
Marchad: para salvaros tiempo os sobra.
No tardeis.

ALV. Rey don Juan, ¿es este el premio
que á mi lealtad le das?.... Servir con honra
tantos años.... Salvar de mil peligros
tu vida y libertad.... Cuando destrozan
opuestos bandos tu infeliz imperio,
afianzar tu poder con la victoria...
¿Este vil galardon de tí merece?
¡Oh fiera ingratitud!

DES. Negra, horrorosa.
Ella rompe, señor, el vasallage
que jurado le habeis.... Pues bien, conozca
que su vano poder se hunde en el polvo
si el brazo retirais en que se apoya.
Teneis riquezas y castillos fuertes,
y fieles servidores que os adoran,
vasallos que por vos en noble lucha
harán gustosos que su sangre corra....
¿A qué aguardais? Marchad. Sin perder tiempo,
de oscura noche aprovechad las sombras;
juntad vuestros parciales; que las armas
al nuevo sol relumbren vengadoras;
y probad que esa espada irresistible,
si á los reyes sirvió, tambien los doma.

ALV. ¿Qué me osais proponer?

DES. Lo que aconseja
vuestra fama..., el valor.... ¿En tal deshonra
pudiérais consentir?.... El que su frente
muestra cercada de esplendor y gloria,
¿hora la humillará con torpe mengua
al peso de cadena vergonzosa,
ó morirá tal vez en vil cadalso,
mientras triunfantes sus contrarios gozan?
No.... Primero morir.... Muramos todos
defendiendo una causa tan hermosa:
muramos todos; y á lo menos quede

de tan notable hazaña la memoria.
A las armas, señor; que quien os diera
en Olmedo y Medina la victoria,
de este nuevo peligro que os amaga,
á salvo os sacará tambien ahora (1).

ALV. Destúñiga, callad.... Ved que atrevido
ese lenguage criminal me enoja.
¡Yo traidor á mi rey! ¿Lo habeis pensado?
¿Cómo, en qué tiempo de mi vida toda
os he dado ocasion á que esa infamia
creyérais vos de mí?.... Cuando ya toca
este anciano infeliz la tumba oscura
tras luengos años de poder y de honra,
¿comprar un resto de vivir podria
con tan negro baldon, tan fea nota?
Dios no permita que á mis hijos deje
del que contra su rey las armas toma
é infiel combate su pendon sagrado,
la vil mancilla que jamas se borra.
Nunca.... Al rey, mi señor, todo lo debo:
su querer es mi ley.... Si le acomoda,
cual me pudo elevar, puede abatirme (2);
y hallando siempre en mí sumision pronta,
entrégome en sus manos; que tan solo
esto hacer debe quien su ley adora.

DES. Ved que os perdeis, señor.

ALV. Mi honor lo gana.

DES. Y ¿si un cadalso?....

ALV. Vivirá mi gloria.

DES. ¿Quedareis sin venganza?

ALV. Harta venganza
es con tan débil rey mi muerte sola.

DES. Vuestros contrarios triunfarán.

ALV. Bastante
el polvo de mis pies besó su boca.

DES. ¿Por qué su ejemplo no imitais? Mil veces
del fuero usando que el rico-hombre invoca,

---

(1) Histórico.
(2) Idem.

vióseles el pendon alzar osados
que refrena el poder de la corona;
y luchando....

ALV. Y ¿porque ellos son traidores,
yo he de serlo tambien? No: la grande obra
en que mi vida entera se empleára
no verán que en mis manos se desploma.
Nulo el régio poder y combatido,
naufragaba sin fuerza entre las olas
de un agitado mar: á sostenerlo
acudí con mi mano vigorosa;
y triunfante por mí, ya de sus ruinas
alza la frente y el valor recobra.
Si ingrato ese poder, á quien le diera
su altiva robustez hora destroza,
pues muestra en ello que mi fin logróse,
su fallo venerar solo me toca.

DES. Pero....

ALV. No mas, Destúñiga: la orden
me habeis mostrado ya: respetuosa
mi boca besa tan sagrado signo.
Tomad: vuestro deber cumplid ahora.

DES. ¡Ah! Que no puedo.

ALV. Obedeced.

DES. Mi padre
miro, señor, en vos; y en horrorosa
prision no os sumiré.

ALV. No es hijo mio
quien traidor á su rey mi ira provoca.

DES. Pues bien.... si lo quereis.... sea.

ALV. Mi espada
es esta: yo os la entrego.

DES. Arma gloriosa,
solo aceptarte de rodillas debo.

(*Se arrodilla para recibir la espada.*)

ALV. Hijo mio, guardadla si me inmolan.

DES. ¡Noble herencia! Tal vez de tí servirme
el mundo un dia me verá con honra.

ESCENA VII.

DICHOS. PACHECO. CABALLEROS. GUARDIAS.

PAC. Yo os digo que Destúñiga nos vende.
Venid: su infamia prevenir importa.
Ved al de Luna allí.... Prendedle luego.
DES. Atrás.... nadie se acerque.
PAC. Traidor, ¿osas
del rey asi las órdenes sagradas
alevoso infringir?
DES. No, te equivocas;
que cumplidas estan.... Mi prisionero
es el maestre ya; mas su custodia
á mí, tan solo á mí, su alteza fia:
para dar cuenta de él conmigo sobra.
Condestable, venid.—Paso, señores:
del hombre grande respetad la gloria.
(*Vase con don Alvaro abriéndose paso por entre los guardias.*)

ACTO QUINTO.

El teatro representa una gran sala de la casa que sirve de prision á don Alvaro. En el fondo una ancha ventana gótica que, abriéndose, deja ver la plaza de Valladolid. A la derecha del actor una puerta que conduce fuera del edificio. A la izquierda otras dos puertas: una en el fondo que supone guiar á las piezas interiores, y otra al proscenio que es la del cuarto de don Alvaro. Una mesa y encima un relox de arena.

ESCENA PRIMERA.

DON ALVARO. MORALES.

(*Don Alvaro está sentado junto á la mesa, la cabeza reclinada en la mano, y durmiendo.*)

MORALES. ¡Oh cuán tranquilo reposa!
¿Quién al verle no creyera
que el dulce placer le espera
en vez de suerte horrorosa?
Porque ese, en tan triste suerte,
su postrer sueño será;
y en breve le seguirá
¡ay! el sueño de la muerte.
Alli el cadalso se eleva
á su víctima esperando,
y ya el pueblo alli gritando
se goza en vista tan nueva.
Ni aquel bárbaro gritar,
ni aun el martilleo horrible,
ese dormir apacible
han conseguido turbar.
Inalterable, sin miedo,

¡con qué pureza respira!
¡Ah! ¡Qué respeto me inspira!
Postrado á sus plantas quedo.

(*Se arrodilla delante de don Alvaro y le besa la mano. Don Alvaro se despierta.*)

ALVARO. ¿Quién es?.... ¿Eres tú, hijo mio?
¿Qué haces ahí?

MORALES. Contemplaba
vuestro rostro y le adoraba.

ALVARO. ¡Ah! Deja ese desvarío.
A Dios solo has de adorar.

MORALES. El que es de virtud modelo,
su imágen muestra en el suelo.

ALVARO. Virtud no debes llamar
á lo que estás viendo en mí:
amarle es ser virtüoso;
y siendo yo poderoso
hartas veces le ofendí.
Si él es fuerte, tambien sé
que es bueno; y yo, por mi mal,
aspirando á ser su igual,
su bondad nunca imité.

MORALES. Pero ¿no es él quién os da
esa calma, ese valor?

ALVARO. La muerte infunde temor
á quien de ella incierto está;
mas si se muestra segura,
disípase el ruido vano,
y á los ojos del cristiano
no espanta, no, su figura (1).
Pronto á recibirla estoy.

MORALES. Si puede ser admitida
por vuestra vida mi vida,
señor, gustoso la doy.

ALVARO. ¿Qué dices, necio? ¿No ves
que el cambio no fuera igual?
¡Tú en el albor matinal
de la vida! ¡Yo, al revés,

---

(1) Histórico.

tronco viejo y carcomido
que el tiempo ya destruyó,
y que condenado ó no,
mañana habrá perecido!
A tí dilatados dias
de amor y esperanza llenos
te quedan, dulces, serenos,
entre glorias y alegrias:
á mí un escaso vivir
que atormentára el dolor,
de cuyo fiero rigor
solo el remedio es morir.
Bella flor, la patria en tí
opimos frutos espera:
yo terminé mi carrera:
cuanto puedo ya le dí.

MORALES. Y ¿qué podré hacer por ella,
señor, si pierdo mi guia?
Porque solo en vos veia
mi fiel modelo, mi estrella.
Fijos los ojos en vos,
vuestros hechos estudiaba:
ser sombra vuestra anhelaba;
esto le pedia á Dios.

ALVARO. Pídele solo, hijo mio,
que en tí conserve esa llama
que en santa virtud te inflama
é infunde tan noble brio:
entonces no quieras ser
sino lo que te hizo el cielo;
que de virtud el modelo
en tí mismo podrás ver.
Mas si mi recuerdo acaso
de algo te puede servir,
quiero dejarte al morir
un don.

MORALES. ¡Un don!

ALVARO. Será escaso:
no puede mas mi amistad;
si tuve bienes sin cuento,
hoy hasta mi enterramiento

deberé á la caridad.
Este anillo.

MORALES. Muchomas
le aprecio que si me diera
su trono el rey.

ALVARO. Cuando muera
á don Juan le enseñarás;
que él solo decirte puede
la virtud que encierra en sí.

MORALES. Siendo vuestro, para mí
su valor á todo escede.

ALVARO. Al darte el último adios
tendraslo: guardarlo quiero
hasta mi instante postrero.

MORALES. ¡Ah! Entonces.... ¡Cielos!.... ¡Las dos!

(*Dan las dos en un relox de torre.*)

ALVARO. ¿Por qué te turba el sonido
de esa campana?

MORALES. Me advierte
que solo hasta vuestra muerte
falta un hora.

ALVARO. Prevenido
estoy: bien puede venir
cuando quiera.

MORALES. El rey mandó
que al dar las tres el reló
el verdugo os ha de herir.

ALVARO. Aqui es ley su voluntad.
Vuelve ese relox de arena:
contemplaré con serena
vista cual la eternidad
se va acercando.... Está bien.
Ahora algunos instantes
déjame solo.... Pero antes
que marche al suplicio, ven.

(*Vase Morales.*)

ESCENA II.

DON ALVARO, *solo.*

(*Mirando el relox de arena.*)
Arena que sin sentir
tan callada vas pasando,
contigo veloz llevando
mi fugitivo existir:
lo que resta á mi vivir
mido ya en tí con certeza;
pues con bárbara presteza,
á impulsos del hado insano,
al caer tu último grano
caerá tambien mi cabeza.
Caerá, cuando alzaba al cielo
mas orgullosa mi frente,
cuando con planta insolente
pisaba el vencido suelo.
A tanto remonté el vuelo
en alas de la ambicion,
que en tan alta elevacion
cercano el sol me abrasára.
¡Que la suerte me faltára
sobrándome corazon!
¡Morir! ¿Qué importa la muerte
cuando con gloria se alcanza,
si viene en pos de una lanza
vibrada por mano fuerte?
Morir debí de esa suerte,
que fuera honroso morir;
¡mas esta infamia sufrir,
yo que de grande blasono!
¡Debiendo subir á un trono,
á un vil cadalso subir!
Y qué, ¿el lustre de mi fama
el cadalso empañará?
No, que antes él brillará
con la luz que ella derrama.
Mas ennoblece que infama

al que es de virtud ejemplo;
y si hora en él me contemplo,
tal vez la posteridad,
obrando con equidad,
hará que se cambie en templo.
Porque en mis hombros robustos
sostuve leal el trono,
guardándolo en su abandono
de contrarios mil injustos.
Débil, sin gloria, entre sustos
yo le di fuerza y quietud;
y un dia con rectitud
la historia á los dos juzgando,
mi lealtad ensalzando,
culpará su ingratitud.
Mas lejos ya tal locura:
grande fui, pequeño soy;
y solo pensemos hoy
en otra mayor ventura.
Sí, que en la celeste altura,
si alcanzarla merecí,
grande seré como aqui;
y esta grandeza falaz,
si en el mundo es tan fugaz,
pura, eterna será allí.

ESCENA III.

DON ALVARO. EL REY. MORALES. *Luego* PACHECO.

(Salen el rey y Morales con misterio por la última puerta de la izquierda. El rey estará embozado en una capa. Despues de dichos los primeros versos, Morales se marcha. Pacheco no sale hasta mediada ya esta escena, embozado tambien, y se retirará hácia el fondo, procurando no ser visto del rey y de don Alvaro, y observándolo todo.)

MOR. Vedle allí.—Condestable.
ALV. ¿Quién?... ¡Fernando!

¿No te dije?....

MOR. Señor.... Hay quien os busca,
y hablaros quiere.

ALV. ¿Dónde está?

MOR. (*Señalando al rey.*) Miradle.

ALV. ¿Quién es?

REY. Yo soy. (*Desembozándose.*)

ALV. ¡Señor!.... ¡Vos!

REY. ¿Qué te asusta?
Don Alvaro, yo soy.

ALV. ¡Mi rey!

REY. Tu amigo.

ALV. ¡Mi amigo!

REY. Sí.... lo soy.... Qué, ¿por ventura
puedes dudarlo?

ALV. ¿Yo?.... Ved do me encuentro,
y luego responded.

REY. ¡Asi me acusas!
¡Ingrato! ¿Cuándo mi amistad sincera
por tí se desmintió?.... Si la ley dura
que ata á los reyes al pesado yugo
de agena voluntad, la muerte tuya
me obligó á decretar, ¿piensas que quiero
que esa sentencia bárbara se cumpla?
No, que mis labios pronunciar anhelan
ansiosos tu perdon; y mi ternura
solo aguardaba que tu humilde ruego
hoy llegára á mis pies.... En tristes dudas
los momentos pasaban.... Cada ruido
que en inquieta atencion mi oido escucha,
de ese ruego ¡ay de mí! tan anhelado
pienso que el grato portador me anuncia.
¡Inútil esperar! La hora se acerca....
Nadie parece.... La amistad me impulsa....
Ya no puedo esperar.... Parto; y yo mismo
soy quien vengo á rogarte en tal angustia.

ALV. ¿Qué escucho? ¿Aun me quereis?

REY. ¿Qué mayor prueba?

ALV. Entonces sin pesar bajo á la tumba.
No era el cadalso vil, no era la muerte,
el mayor de los males que me abruman:

era vuestro furor: solo esta idea
heria el corazon con flecha aguda.

REY. ¿Tan crüel me juzgabas, tan ingrato,
que pudiste creerlo? ¿Tal injuria
hacias á tu rey? ¿Pensaste acaso
que yo firmara tu sentencia injusta,
si á firmar tu perdon ya no estuviera
tambien resuelto con la misma pluma?
¿Nada tu pecho te decia, nada?
¡Ah, que esa duda en tí no tiene escusa!

ALV. Os engañais, señor.... Bien lo sabia:
jamas vuestra clemencia puse en duda;
y aun cuando en vuestro amor no confiara
la prenda que aqui veis me la asegura.
(*Le enseña el anillo que recibió en el primer acto.*)

REY. ¿Mi anillo?

ALV. ¿Os acordais?

REY. Sí, bien me acuerdo.
Prenda de mi amistad que fiel te escuda
contra mi saña atroz.... Pues si la tienes,
¿cómo á usar de ella, di, no te apresuras?

ALV. Y ¿á qué quiero un perdon que me condena
á ser del vulgo vil desprecio y burla?
Para el fuerte varon la vida acaba
donde acaba el honor.

REY. Y ¿te figuras
que lo has perdido?

ALV. Sí: sobre mi frente
sentencia que mil crímenes me imputa
grabada quedará.

REY. Borrarla puedo.

ALV. No devuelve la honra quien indulta.
Decid: ese perdon tan ponderado,
¿venísio á dar sin condicion ninguna?

REY. Que lo pidas no mas... Esto le debo
á mi alta dignidad.

ALV. Quereis, en suma,
mi humillacion, señor.

REY. ¿Quién humillarse
ante su rey, don Alvaro, rehusa?

ALV. No lo rehuso yo. Mandad que al punto

con ese polvo que pisais confunda
mi frente; asi lo haré.... Mas no, no puedo
aceptar de traidor la horrible culpa
¿Queréisme perdonar cual se perdona
á delincuente vil que se apresura
á trocar una muerte que le espanta
por la infamia que imbécil no le turba?
¿No hay acaso mas bienes que la vida
para hombres como yo?... Mirad la altura
do subiera algun dia; esa grandeza,
ese poder cuyo esplendor circunda
mi pasado existir; bienes son esos
á que solo muriendo se renuncia.
¿Me los devolvereis? No; que, cual vasos,
de los reyes las míseras hechuras,
pueden, cuando se rompen, reemplazarse,
pero á su antiguo ser no vuelven nunca.
Si no me es dado ser lo que antes fuera,
¿qué aguardo ahora de la suerte adusta?
¿A qué vivir, á qué? ¿A ser escarnio
de aquellos mismos que en mejor fortuna
miraba yo á mis pies? ¿A que esos nobles
que logré sujetar á la coyunda,
de su antigua opresion se venguen fieros,
mi cuello atando con cadena dura?
No, primero morir: quien tanto ha sido
no penseis que á ser nada se reduzca;
y á tal humillacion, á tal infamia,
no encuentro mas refugio que la tumba.

REY. Húndete en ella, pues; y hunde contigo,
ingrato, mi poder y mi ventura.
¡Ah! ¿Qué será de mí si me abandonas?
¿Do una mano hallaré que me conduzca
del dificil reinar por la árdua senda,
y el cetro tenga que mi mano abruma?
¿Dónde un amigo que en mi triste suerte
valor, consuelo y esperanza infunda;
cuyo pecho mis males compadezca,
cuyo acento disipe su amargura?
Contino allá con mi grandeza á solas,
nadie habrá que mis tédios interrumpa;

ni donde vuelva los dolientes ojos,
quien á secar sus lágrimas acuda.
Buscaré de mi vida al compañero;
al que cual padre me arrulló en la cuna;
al que á domar un potro en la carrera
me enseñó y á blandir la asta robusta;
al que mas tarde en las sangrientas lides
á mi trono prestó su fuerte ayuda;
y no le encontraré.... Veré tan solo
su ensangrentada imágen furibunda,
en torno mio sin cesar vagando,
que de su muerte bárbara me acusa.

ALV. ¡Ah! ¿Qué decís?.... Callad.... Cada palabra
abre en mi corazon llaga profunda;
y cuando he menester mas fortaleza,
no hagais ¡oh cielos! que el valor sucumba.
Harto lo sé.... Es verdad.... La muerte mia
funesta os debe ser.... Hoy se sepulta
en un mismo sepulcro á par conmigo
el régio honor de vuestra frente augusta,
y aun de los reyes de Castilla todos
se hunde tambien la mísera fortuna.
Al caer mi cabeza alzarán fieros
los turbulentos próceres la suya,
y con furia mayor, antiguas guerras
renovarán en crímenes fecundas.
¡Ah! Ya los miro que ambiciosos corren,
y en revueltas sin fin á España turban,
y altivos nombran y deponen reyes,
y su alta dignidad torpes insultan,
y haciendo escarnio de corona y cetro,
en su eterno baldon el poder fundan.

REY. Pues si eso sabes, dí, ¿por qué me dejas?
¿por qué, insensato, tu perdon rehusas?

ALV. ¿Por qué rompisteis vos el fuerte apoyo
que os diera el cielo en su indulgencia suma?

REY. ¿No respiras aun?

ALV. Pero sin fuerza.
Quien desciende cual yo de tanta altura
no vuelve á levantarse; ó bien del trono
sobre las ruinas su ambicion le encumbra.

REY. ¿Qué es lo que osas decir?
ALV. Ya entre nosotros
ni confianza, ni amor puede haber nunca.
Yo temeré que renoveis la ofensa,
vos que yo trate de vengar la injuria.
Sin mi antiguo poder vivir no quiero:
teniéndolo, tal vez..... ¡Ah! Mucho ofuscan
la ambicion, el rencor.... Dejad que muera:
no espongais mi lealtad á pruebas duras,
que es el morir el único servicio
que os puede ya prestar hoy el de Luna.
REY. Marcha, pues, á morir, pues tú lo quieres.
Como amigo cumplí: fuerza es que cumpla
ahora como rey. Vé, desdichado;
de mi triste mirar luego te oculta.
ALV. Adios, señor, adios.
REY. ¿Qué haces?... ¡D. Alvaro
ALV. Señor.... ¿qué me mandais?
REY. ¿Tú lo preguntas? !
¿Asi te apartas de tu antiguo amigo?
ALV. No osaba....
REY. Ves mis lágrimas, y ¿dudas?
ALV. ¡Ah!.... Ya muero contento. (*Se abrazan.*)
REY. ¡Horrible suerte!
¡Triste afan del reinar!.... No.... mi ternura
no permite....
ALV. ¿Qué haceis?.... Señor, calmaos:
considerad quien sois... No tiene escusa
esta flaqueza en vos.... Adios; y el cielo
en su bondad os colme de venturas.
(*Se arranca de los brazos del rey y vase precipitado.*)

ESCENA IV.

EL REY. PACHECO. ELVIRA. DESTÚÑIGA. MORALES.

(*El rey se deja caer afligido en un sillon.*)

REY. Y ¡he de perderle, Dios mio!
Mas ¿qué he de hacer si se obstina?

PACHECO. (*Aparte.*) ¡Ah! ¡Ya del susto salí!
Mi pecho alegre respira.

(*Salen Elvira, Destúñiga y Morales.*)

DESTÚÑIGA. Entra, Elvira, ten valor.

MORALES. Venid.

ELVIRA. ¡Horrible entrevista!
Me faltan las fuerzas.

PACHECO. ¡Cielos!
¡Elvira aqui!

DESTÚÑIGA. No te aflijas....
Ven.

ELVIRA. (*Al rey creyendo que es don Alvaro.*)
Padre.

REY. ¿Quién es?

ELVIRA. ¡Qué veo!
¡El rey!

DESTÚÑIGA. ¡El rey!

REY. ¡Dios! ¡Elvira!
¡Esto solo me faltaba!
¿Cómo resistir su vista?

ELVIRA. (*Se echa á los pies del rey.*)
Señor, vedme á vuestros pies:
piedad de una infeliz hija.
Volvedme á mi padre, sí,
volvédmele.... Mas....

(*Se levanta aterrada, mirando á todas partes.*)

REY. ¿Qué miras?

ELVIRA. ¿Dónde está?.... ¡Dios! ¡No le veo!
¿Acaso ya la cuchilla
del verdugo?....

REY. No.... no temas.
Alli está.... Vive tranquila....
Hora se apartó de mí.

ELVIRA. ¿Le habeis visto?

REY. Sí, hija mia.

ELVIRA. ¿Luego perdonado está?

REY. ¡Perdonado!

ELVIRA. ¿A qué vendria
aqui su rey en tal hora
sino á salvarle la vida?

REY. Tienes razon: á eso vine.

Yo su perdon le traia;
mas él lo rehusa.

ELVIRA. ¡Oh cielos!
Y ¿qué importa? ¿Necesita
vuestra bondad?....

REY. Mi bondad,
si á la clemencia me inclina,
calla cuando mi decoro
á ser severo me obliga.
Para darle su perdon
es fuerza que él me lo pida.

ELVIRA. ¡Ah! Señor, piedad.... Miradme,
yo abrazo vuestras rodillas.
Si como fuerte varon
teme mostrar cobardía,
débil muger, hacer puedo
lo que en él mengua seria.
Ved mis lágrimas.... Tened
compasion de mi desdicha.
Si habeis venido á salvarle,
cumplidlo.... mi padre viva:
que nunca un rey brilla tanto
como si clemente brilla.

REY. Yo á par de tí lo deseo;
mas si él se resiste.... Mira,
acaso tú....

ELVIRA. ¿Yo?

REY. Tal vez
tus lágrimas de él consigan
lo que no pudo mi amor.

ELVIRA. Sí.... lo espero.

REY. Una sortija
lleva, don de mi amistad,
en que su perdon estriba.
Le he prometido firmarlo
si sumiso me la envia.

MORALES. ¡Ah! ¿Qué escucho? Si será....
¿Tiene acaso vuestra cifra?

REY. Sí tiene.

MORALES. Ya sé cual es.

REY. No es posible que resista

á tu afliccion, á tus ruegos.
Si su obstinacion altiva
logras al cabo vencer,
tráeme ese anillo tú misma;
y juro que al punto....

ELVIRA. Sí,
lo llevaré; pues, benigna,
una voz aqui me dice
que cederá su porfia.

REY. Adios, pues.... En una estancia
que de esta se halla vecina,
y á que se va por allí,
(*Señala la puerta de izquierda al foro.*)
te espero.

ELVIRA. El cielo os bendiga.

ESCENA V.

ELVIRA. DESTÚÑIGA. MORALES. PACHECO.

PACHECO. (*Aparte y siempre retirado sin que le vean.*)
¡Oh rabia!.... ¿Si lograrán?....
Mas observemos.

MORALES. Albricias.
Vuestro padre está salvado.

ELVIRA. ¿Cómo?

MORALES. La sortija es mia.

DESTÚÑIGA. ¡Tuya!

MORALES. Sí.... Me ha prometido
dármela.

ELVIRA. ¿Es cierto?

PACHECO. (*Aparte.*) ¡Oh desdicha!

MORALES. Aqui mismo: habrá un instante.

ELVIRA. Pues no tardes, corre, pídela.

MORALES. Voy.... Mas ¡oh cielos!... Yallega
la fúnebre comitiva.

ELVIRA. ¡Triste de mí!

MORALES. No temais.

ELVIRA. Quiero abrazar sus rodillas,
rogarle....

MORALES. No es necesario.
ELVIRA. Que á lo menos me despida.
MORALES. ¿Para qué, si va á salvarse?
Evitad mas bien su vista.
Dejadme obrar.... Apartaos.
ELVIRA. En tí mi esperanza fia.

ESCENA VI.

DICHOS. DON ALVARO. ALCALDES. ALGUACILES. SOLDADOS. CRIADOS DE DON ALVARO. DOS FRAILES. EL VERDUGO.

(*Habrán entrado primero dos alcaldes con alguaciles, los cuales, atravesando el teatro, pasan al cuarto de don Alvaro. Salen despues con este, y le acompañan dos frailes y sus criados que muestran mucha afliccion.*)

ÁLVARO. ¿Qué haceis, amigos, qué haceis?
Por Dios, reprimid el llanto....
Mas siento vuestro quebranto
que el estado en que me veis.
¿A qué lamentar la suerte
del que vivió poderoso,
cuando es de un Dios bondadoso
un nuevo favor tal muerte?
Llorárais, sí, con razon,
si con golpe repentino
tuviera fin mi destino
triunfando aün mi ambicion;
mas pues me quiso humillar
el cielo en mi hora postrera,
será porque en su alta esfera
nuevas glorias me va á dar.
Alegre marcho á gozarlas;
que eternas, puras serán,
y alli no conseguirán
ni traicion ni envidia ajarlas.
Adios.... Marchemos.—
(*Al verdugo, que se acerca á él llevando unas cuerdas en la mano.*)

¿Qué intentas?

VERDUGO. Ataros, señor, las manos.

ALVARO. No hagas tal, que es de villanos.
¡A un noble tales afrentas!

(*Desprende de su vestido una cinta y se la da al verdugo.*)

Ata con esto.... y te ruego
mires si bien afilado
está el puñal acerado
porque me despaches luego (1).

(*Morales se abre paso por entre los que rodean á don Alvaro, y se arroja á sus pies sollozando.*)

MORALES. Señor....

ALVARO. ¡Fernando!

MORALES. A besar
dadme vuestra mano.

ALVARO. Sí.....
toma.... No llores así,
que tambien me harás llorar.

MORALES. ¡Ah! Contener no me es dado....

ALVARO. Basta.... basta....

MORALES. ¡Ay! ¿osaré
recordaros?....

ALVARO. Hijo, ¿qué?

MORALES. Este anillo....

ALVARO. Sí.... Ha llegado
el fatal momento ya.
Cumplir mi palabra quiero:
toma este don postrimero
que hacerte en mi mano está (2).

(*Saca el anillo y se lo da. Morales lo toma: besa con entusiasmo la mano de don Alvaro; y alzándose lleno de alegria, corre á entregárselo á Elvira.*)

MORALES. ¡Señor!.... ¡Qué felicidad!
Lo que vale aun no sabeis.—
(*A Elvira.*)
Tomad.... presto.... no tardeis.

---

(1) Histórico.
(2) Idem.

ELVIRA. ¡Oh cielos! ¡Alas me dad!

(*Elvira echa á correr apresuradamente, llevando el anillo, por la puerta del foro izquierda. Pacheco que se habrá acercado confundido entre la gente, observándolo todo, muestra su despecho.*)

PACHECO. ¡La esperanza ya perdí!....
Mas ¡qué idea!.... Sí.... corramos.
(*Vase precipitadamente.*)

ALVARO. Adios, pues, amigos.... Vamos.
Rogad al cielo por mí.

(*Va desfilando todo el acompañamiento. Destuñiga y Morales quedan solos.*)

ESCENA VII.

DESTÚÑIGA. MORALES.

(*Despues que ha salido todo el acompañamiento, se oye fuera el siguiente pregon.*)

PREGON. Esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor á este cruel tirano, usurpador de la corona real, y en pena de sus maldades, mándanle degollar por ello (1).

MOR. ¡Ah! ¿Si habrá tiempo de que Elvira vuelva?

DES. Pues cerca el rey está, tardar no puede.

MOR. ¡Quién del séquito fúnebre los pasos
pudiera detener!

DES. Nada receles:
aun se halla lejos el fatal instante.
Un cuarto de hora falta, si no miente
el relox que aqui está.

MOR. No, pues volvile
antes al dar las dos; y caer debe
su última arena cuando allá en la torre
con son tremendo la campana suene.

PREGON. (*Dentro y mas lejos.*) Esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor á este

(1) Histórico.